

EL JUEGO DE DIOS

Decenario al Espíritu Santo

Jesús Martínez García

Yo (la Sabiduría) estaba como artífice
 junto a Él, lo deleitaba día a día,
 jugando ante Él en todo momento,
 jugando con el orbe de la tierra,
 y mis delicias eran estar
 con los hijos (pequeños) de los hombres.
Proverbios 8, 30-31

Índice

Introducción

[Día primero. Dios escondido](#)

[Día segundo. El Paráclito](#)

[Día tercero. El corazón](#)

[Día cuarto. En el juego de Dios](#)

[Día quinto. Disposiciones del alma](#)

[Día sexto. La tibieza](#)

[Día séptimo. Purificar el corazón](#)

[Día octavo. La contemplación](#)

[Día noveno. La alegría y la paz](#)

[Día décimo. Presencia de Dios](#)

INTRODUCCIÓN

El Catecismo de la Iglesia Católica indica los temas de moral que han de ser tratados en la catequesis: la gracia de Dios, las bienaventuranzas, el pecado y el perdón, las virtudes humanas, etc. Pero coloca en primer lugar la necesidad de «una catequesis del Espíritu Santo, Maestro interior de la vida según Cristo, dulce huésped del alma que inspira, conduce, rectifica y fortalece esta vida»¹.

Es lógico empezar por el principio. La Tercera Persona de la Santísima Trinidad no es tema para los adelantados en la vida espiritual, sino para los iniciados. Para todos. Cuando hablamos de la vida espiritual, primero hemos de hablar de Dios,

¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1697.

de “Dios cercano a mí”, que me remueve desde el fondo de mi corazón para ser mejor.

Cada año, los nueve días que preceden a Pentecostés y el día de la solemnidad² pueden ser un curso intensivo para atender y entender al Paráclito, para llevar la vida interior por donde Dios quiere y al ritmo que quiere. Desde la escucha, nos dejaremos formar y, dócilmente, procuraremos poner en práctica sus lecciones.

DIOS ESCONDIDO

Oración inicial

¡Ven, Espíritu Santo!,
 llena los corazones de tus fieles
 y enciende en ellos el fuego de tu amor.
 - Envía tu Espíritu y serán creados.
 - Y renovarás la faz de la tierra.

Oración. Oh Dios, que has instruido los corazones de tus fieles con la luz del Espíritu Santo, concédenos según el mismo Espíritu conocer las cosas rectas y gozar siempre de sus divinos consuelos. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Consideración para el día primero

Si comprendiéramos mejor quién es el Espíritu Santo, nuestra vida sería distinta. Si nos dejáramos llevar por el Amor, llegaríamos a nuestra mejor manera de ser en esta tierra. Porque Dios nos conoce mejor que nosotros mismos y nos quiere más que nadie. No siempre sabemos querernos bien, y existe el diablo, a quien no vemos, que trata de engañarnos. Fiados del Espíritu –de su mano– consideramos, una vez más, el camino que Dios desea para cada uno personalmente.

Ese Dios del que todos tenemos una vaga idea³, y que se manifiesta en el mundo, es la Tercera Persona de la Santísima Trinidad. La Biblia lo expone con una imagen sencilla: antes de crear las cosas, el Espíritu de Dios sobrevolaba las aguas (Gn 1,2). Y una vez creadas, habita el cielo y la tierra, como el aire, hasta los últimos rincones de las cuevas. Es a Él al que intuimos Señor sobre la tierra. El que está sacando ahora de la nada lo que vemos y sentimos. El Dios que está como escondido entre los fotogramas del tiempo, cuando vivimos a cámara lenta. Que, con gemidos inefables nos susurra y como imán irresistible nos atrae hacia Sí. Él pone la gravedad que sentimos de vivir en plenitud.

² Francisca Javiera del Valle establece que su *Decenario al Espíritu Santo* comienza el jueves de la Ascensión, y acaba la víspera de Pentecostés. Siguiendo la tradición litúrgica de la Novena a la Inmaculada, el Octavario por la unidad de los cristianos o el Triduo de Navidad, parece más adecuado que el Decenario acabe el día de la Solemnidad.

³ San Anselmo. *Proslogium*. Argumento ontológico.

Podríamos decir que Dios, después de crear las cosas con su mirada, se las quedó mirando hasta ahora. Y hoy en mi recreo, al ver las mismas cosas y a la misma hora, sin decirnos nada, mis pensamientos oran. Nunca estoy solo, alguien me está viendo. Alguien que conoce lo que pienso, y sabe de mi esfuerzo por ser mejor.

Aunque la revelación del Espíritu Santo como tal fue en referencia a Cristo, es decir, en el Nuevo Testamento, en el Antiguo Testamento, se habla de Él. En el libro de los Proverbios, mil años antes de Cristo, se hace el elogio de la Sabiduría, que está como entre Dios y los hombres: es un espíritu inteligente, santo, único y múltiple, sutil, que todo lo puede y todo lo observa; que da a conocer la voluntad de Dios en el corazón, dirigiéndolo hacia el bien. Tiene, por consiguiente, las cualidades atribuidas al Espíritu divino. Pero es en el libro de la Sabiduría, escrito 60 años antes de Cristo, donde, casi personificándola, se nos hace entrever este Espíritu de misericordia y de amor con todas las criaturas, que llena el universo y desea conducir a todos a la salvación.

Es el Dios que se relaciona con la creación. Desde los hombres, es el Dios único, de eterna misericordia; creador de todo lo que existe y señor de la Historia, que habla desde la zarza ardiendo y remueve los corazones; que dirige y protege al pueblo de Israel, que es la roca y el consuelo del orante.

Cristo es el principio del camino hacia Dios, el Camino mismo y la meta; el Pensamiento del Padre manifestado como hombre. Y, aunque el Verbo es la luz que ilumina a todo hombre (Jn 1,9), y el mediador para llegar por lo visible a lo invisible de Dios⁴; si falta el intérprete que nos hace entender, no podremos saber ni siquiera que Jesús es Dios. Y este divino asistente es el Espíritu Santo. Quien *nos hace ver* la luz, que es Cristo, la luz donde entendemos a Dios y al hombre.

En definitiva, es previa la acción del Espíritu Santo en nosotros, que va provocando el interés por las cosas del Señor y sugiriendo los motivos de credibilidad. Y que nos llega como un suspiro, como un gemido inenarrable (Rm 8,26). Él es la espiración del Padre y del Hijo. Espíritu de Dios, también hacia nosotros.

¿Cómo hablar con un Dios al que no se le ve ni se le oye? Pues hablándole como si existiera y fuera capaz de conocer todo lo que bulle en nuestro interior. No es sugestión. Es un hecho que todos los hombres tenemos una noción de Dios, y será por algo. Pero sobre todo tenemos la seguridad porque se ha revelado a la humanidad.

Creemos la historia porque creemos a los testigos, y sabemos que habló con Abrahán, con Moisés, con David, con Jesús. Esa historia y esos lugares, contenidos en el libro más famoso e importante, los conocemos por fe humana, porque nos lo han contado. Que es la manera habitual que tenemos de saber las cosas. Entonces, con la fe sobrenatural que Dios da a los humildes, sabemos que es Palabra de Dios lo que dijo y realizó.

⁴ Prefacio de Navidad.

Es cierto que a Dios no le vemos, pero no es verdad que no le oigamos. El problema es que no escuchamos al Papa, a los sacerdotes y a nuestros padres, que nos hablan del Evangelio. Y es que Dios y las verdades reveladas por Él las conocemos “por el oído”, porque nos lo han contado en la Iglesia de Jesucristo, desde los apóstoles hasta hoy. Y tampoco escuchamos a Dios: las mociones del Espíritu Santo que quiere transmitirnos por el oído de nuestro corazón.

Hay cosas que se sienten o se saben sin que uno sepa explicar por qué. Pero ahí están. Esto sucede ante las grandes verdades de nuestra existencia. En todas las religiones existe la idea de un dios trascendente, a quien nadie ha visto. Y formulan la lucha interior que experimenta cada hombre, y la lucha entre los hombres, como parte de la guerra entre dos principios, el del bien y el del mal. Y todos intuimos que tiene que haber una vida más allá de la muerte, donde acaba la cinta transportadora de los hombres, que es el tiempo, y que los expulsa a un lugar donde se premie el bien y se castigue la injusticia.

En nuestro corazón sabemos esas cosas. Dios se halla escondido, no quiere dejarse ver. Se acomoda a nuestro modo de ser, prefiere que creamos. Pero el hombre ha de creer, ha de ser humilde: escuchar esos gemidos del Espíritu Santo en su corazón.

Para muchos el Espíritu Santo es el Gran Desconocido⁵, como les es desconocido Dios. Pero también lo es en el rito latino de la Iglesia Católica, en cuanto que la predicación se suele enfocar desde Jesucristo. No así en las Iglesias de rito oriental (ni en los recientes movimientos carismáticos). Por ejemplo es el gran ausente en el Belén, no tiene figurita; cuando es Él quien hace presente a Cristo, y que no sea un cuento cada año Navidad.

La manera de actuar este Consejero es la propia de los espíritus. Como el viento, no se le ve, pero se le descubre por sus efectos. «No le conocemos sino en la obra mediante la cual nos revela al Verbo y nos dispone a recibir al Verbo en la fe. El Espíritu de verdad que nos “desvela” a Cristo “no habla de sí mismo” (Jn 16,13). Un ocultamiento tan discreto, propiamente divino, explica por qué “el mundo no puede recibirle, porque no le ve ni le conoce”, mientras que los que creen en Cristo le conocen porque él mora en ellos (Jn 14,17)»⁶. Y es quien va formando en nosotros la imagen de Cristo.

Podemos decir que el tiempo de Jesucristo duró mientras estuvo en Galilea y Judea, y que terminó el día de la Ascensión. Se fue. Entonces comenzó el tiempo del Espíritu Santo, de su acción en la historia de la Iglesia. Aunque esto es así, el Espíritu Santo apareció tumultuosamente en Pentecostés y fue desapareciendo discretamente. Es quien vuelve a traernos a Jesús en los sacramentos y en la Palabra, y Jesús viene a ser de nuevo el protagonista.

⁵ La frase es de san Josemaría. Homilía *El gran desconocido*, de 25 mayo 1959. En *Es Cristo que pasa*.

⁶ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 687.

Los sacramentos se realizan por obra y gracia del Espíritu Santo. Y algo semejante sucede en la oración, su intención es llevarnos a Jesús, es quien nos inspira en la oración. Pasa oculto, no habla de sí mismo, como san Juan Bautista: *conviene que él crezca y yo disminuya* (Jn 3,30), aunque es quien hace todo en la vida espiritual.

Reflexión

- Yo sé, Señor Dios, que nos has hablado a los hombres. Y tus palabras, recogidas en la Biblia y en las enseñanzas de los Apóstoles, me llegan hoy a través de tu Iglesia. Hoy te digo: *Habla, Señor, que tu siervo escucha* (1 S 3,9).

- Entro en este decenario con el alma arrodillada. Te adoro, me prostro ante ti, como mi Señor, Creador y Santo⁷. *Desde lo hondo a Ti grito Señor. Señor escucha mi voz* (Sal 130,1)

- Señor, soy poca cosa en tu presencia, y a la vez debo ser muy importante porque me buscas. Dime en estos días qué esperas de mí, en qué quieres que mejore.

Consagración al Espíritu Santo

Recibid ¡oh Espíritu Santo!, la consagración perfecta y absoluta de todo mi ser, que os hago en este día para que os dignéis ser en adelante, en cada uno de los instantes de mi vida, en cada una de mis acciones, mi director, mi luz, mi guía, mi fuerza y todo el amor de mi corazón.

Yo me abandono sin reservas a vuestras divinas operaciones, y quiero ser siempre dócil a vuestras santas inspiraciones.

¡Oh Santo Espíritu! Dignaos formarme con María y en María –molde de los cristianos–, según el modelo de vuestro amado Jesús. Gloria al Padre Creador. Gloria al Hijo Redentor. Gloria al Espíritu Santo Santificador. Amén.

⁷ Cfr. *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 552.

EL PARÁCLITO

Oración inicial

¡Ven, Espíritu Santo!,
 llena los corazones de tus fieles
 y enciende en ellos el fuego de tu amor.
 - Envía tu Espíritu y serán creados.
 - Y renovarás la faz de la tierra.

Oración. Oh Dios, que has instruido los corazones de tus fieles con la luz del Espíritu Santo, concédenos según el mismo Espíritu conocer las cosas rectas y gozar siempre de sus divinos consuelos. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Consideración para el día segundo

Quién soy yo para ti, mi Dios, cuáles son mis posibilidades, mis puntos fuertes y débiles. Vengo a reflexionar, a aprender de mis propias acciones y de las acciones de los demás. Quiero comenzar por el santo temor de Dios, por el respeto y la reverencia a Ti debidos, que es la primera norma del amor. Dame, Señor, reconocer la necesidad absoluta que tengo de Ti, y de cualquier otro don tuyo, divino Maestro.

Oh, Espíritu de Verdad, quiero ser sincero para vivir en la realidad, y ser santo. Quiero atreverme a reconocer el mal que he hecho, y que por orgullo me cuesta reconocer, como si no hubiera ocurrido,... Y, sobre todo, a reconocer toda la verdad, todo lo que has pensado para mí, que me sugieres; todo lo que puedo llegar a ser si sigo tus indicaciones. Si aprovecho la dirección que me das, para llegar adonde Tú sabes.

Oh Sabiduría de Dios, tengo la posibilidad de conocerte, de tratarte, y de ser feliz del todo. A tu manera. Si no, habré fracasado. Hoy acepto tu propuesta divina, prefiero vivir según tu verdad, y no según mis pequeñas medidas de hombre *post-moderno*. Incapaz de Ti por no asombrarse de lo que las cosas son, criaturas. Con su idea tan pobre de sí mismo: animal evolucionado, ciudadano despersonalizado, a quien las leyes de los hombres conceden derechos y deberes; que no sabe para qué está en mundo y se entretiene, y cree que después de la muerte sólo quedarán de él las cenizas de un recuerdo. Que él es él y su circunstancia, y nada más⁸.

Señor, dame entender tu antropología, saber quién es el hombre según lo has pensado. Esa idea que se desprende de la Biblia, donde muestras cómo somos, en nuestra dignidad y en nuestros errores, alabándote y huyendo de ti. El hombre en relación contigo.

⁸ “Yo soy yo y mi circunstancia”, decía el filósofo español José Ortega y Gasset, que seguía la tradición de Kant, para quien sólo es real aquello que se percibe con los sentidos. Como no tenemos experiencia de Dios, Dios no existe.

Yo reconozco que Tú eres mi circunstancia principal, mi Dios. Tú me haces ser hombre, mujer. Cuanto más contigo, más humano. Y divino. Y las demás circunstancias –las relaciones con los demás y con el hábitat–, me hacen estar en el mundo de esta manera, la que has pensado para mí.

Hoy quiero dejar grabada en mi alma esta lección de la vida espiritual: entrar por el camino de la humildad, como desde el suelo⁹. Reconocer quién soy ante ti y tu proyecto, la idea que has tenido al crearme. Quiero ponerte como centro de gravitación de todos mis pensamientos, afectos y obras. Quitarme de en medio, y no al revés.

¡Qué bien sé lo que dices: que te escuchemos! *Escucha Israel* (Dt 6,4), dijiste a Moisés al revelar lo más importante del Antiguo Testamento, el testamento mismo o alianza con tu pueblo. A veces te quejabas a través de los profetas porque tu pueblo no te escuchaba. Y en cuántas ocasiones comenzaba Jesús a predicar diciendo: *Escuchad*. Hoy respondo a la llamada que me haces por el salmo: *Escucha, hija* (Sal 45,11). Quiero detenerme para oír la voz que resuena en mi camino y entender lo que me quieres decir. Para tener siempre tu modo de ver, también cuando no lo entienda.

Apiádate, Señor, de los inválidos, ciegos, sordos espirituales; de los que no pueden seguirte, porque nadie les ha enseñado. Por todos los hombres de buena voluntad, y por los que han pecado. Háblales con el lenguaje del sufrimiento para que tomen tierra y sean realistas. Para que no vivan en la ilusión de la vanidad, del orgullo o de la sensualidad, y aprendan en esa experiencia el sentido de su existencia¹⁰. Porque la carne y la razón aprenden, sufriendo, a obedecerte. Dios, que hablas a los hombres de tantas maneras, llámanos a todos con esta voz para que reaccionemos ante el mal, acudamos a Ti y puedas salvarnos.

Porque esta es la realidad, aunque no nos guste: hay una guerra escondida entre el Espíritu de Dios y el Maligno, al que nombramos en el Padrenuestro. Tremendas peleas que se libran en los corazones de los hombres, para ver quién se hace con ellos. Lo notamos dentro de nosotros. Y nosotros decidimos.

No vamos solos a la batalla. Durante unos años, Jesús fue el Dios con nosotros. Prefirió no quedarse físicamente en un lugar de la tierra, pues entonces sólo unos miles de hombres hubieran podido conocerle y hablarle a través de los siglos¹¹,

⁹ A la iglesia del Santo Sepulcro, en Jerusalén, se accede por una puerta muy baja. Hay que agacharse para cruzarla. Es como una advertencia: Si quieres entender lo que vas a ver, el lugar de la muerte de Jesús, tienes que entrar por la humildad.

¹⁰ «La conciencia es la medida del hombre. Ella da testimonio de su grandeza, de su profundidad. Para que esta profundidad se abra, para que el hombre no se deje quitar tal grandeza, Dios habla con la palabra de la Cruz. *Verbum crucis*: ésta es la palabra última definitiva. Dios ha querido emplear y emplea siempre en las relaciones con el hombre esta palabra que toca la conciencia, que tiene capacidad de rasgar los corazones». Juan Pablo II, *Discurso* de 1 abril de 1979.

¹¹ Para eso ha instituido la Eucaristía, ¡gran invento! para estar y conversar con cada uno personalmente, y mantener miles de miradas y de conversaciones a la vez.

como sucede con el Papa. No, prefirió irse. Nos convenía que se fuera al Cielo, porque si se iba, nos llegaría “otro” de Dios para cada uno (Jn 16,7). Otro paráclito, como otro Jesús. Paráclito significa el que está puesto al lado, el que está asignado para ayudar en lo que haga falta¹², y a esta tercera Persona de la Trinidad se le atribuye la ayuda a los hombres. Por eso se le denomina Don, Abogado, Protector, Auxilio, Defensor, Consolador (Jn 14,16).

Necesito del Espíritu Santo. Él debe ser el gran compañero en esta oportunidad única, en esta aventura maravillosa entre Dios y mi alma, historia de amor en que consiste mi estancia en la tierra. Es el que sabe, el Espíritu de la verdad que me ayuda a conocerme en la humildad. Es quien me santifica. Nosotros no nos hacemos santos con nuestro esfuerzo, con nuestro trabajo, ni movemos los corazones de los demás para el bien. Es Dios mismo, el tres veces Santo, y en particular el Divino Santo Espíritu quien lo hace todo, si colaboramos con Él.

La historia de la Iglesia es la historia de la acción del Espíritu Santo en el mundo, y de la correspondencia de los hombres. La historia de los santos. Los errores teológicos y los herejes, hablando con precisión, no forman parte de esta historia, aunque haya que conocerlos. Son como los agujeros en el queso, que no son queso. Como sucede cuando el alma no está en gracia, y luego se arrepiente.

Hemos de invocar a cada una de las tres Personas divinas. De modo particular a quien ha de ser el Gran Protagonista de nuestra historia personal, quien nos une con Dios y con los hermanos en la Iglesia. Ha de ser el Gran Confidente en la meditación. Con quien hemos de tener de vez en cuando encuentros místicos en la oración, de mayor o menor intensidad, como sucedió en Pentecostés.

Reflexión

-¿Por qué sentirme solo, si Él me acompaña? ¿Por qué sentirme inseguro o angustiado, si el Paráclito está pendiente de mí y de mis cosas? ¿Reconozco que soy importante para Dios?

- ¿Aprendo del Espíritu Santo la discreción, el no querer hacerme notar por mis buenas obras? ¿Aprendo que es en la vida oculta de cada día, donde se realiza la obra de mi santificación, o espero a alguna manifestación extraordinaria, que no sucederá?

- ¿Puedo decir que conozco a Jesucristo personalmente? ¿Hablo con Él? ¿Le voy a visitar y a recibir en la Eucaristía, con devoción? ¿Acaso no me mueve el Espíritu divino a ello?

Himno “Veni Creator Spiritus”

Ven Espíritu creador, visita las almas
de tus fieles y llena de la divina gracia

¹² *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 692.

los corazones, que tú mismo creaste.

Tú eres nuestro Consolador,
don del Dios Altísimo, fuente viva,
fuego, caridad y espiritual unción.

Tú derramas sobre nosotros los siete dones;
tú eres el dedo de la diestra de Dios;
tú, el prometido del Padre, pones
en nuestros labios los tesoros de tu palabra.

Enciende con tu luz nuestros sentidos,
infunde tu amor en nuestros corazones,
y con tu perpetuo auxilio
fortalece nuestra débil carne.

Aleja de nosotros al enemigo, danos
pronto la paz, sé tú mismo nuestro guía
y, puestos bajo tu dirección,
evitaremos todo lo nocivo.

Por ti conozcamos al Padre y al Hijo,
y que en ti, Espíritu de entre ambos,
creamos en todo tiempo.

Gloria a Dios Padre, y al Hijo que resucitó,
y al Espíritu Consolador,
por los siglos infinitos. Amén.

EL CORAZÓN

Oración inicial

¡Ven, Espíritu Santo!,
 llena los corazones de tus fieles
 y enciende en ellos el fuego de tu amor.
 - Envía tu Espíritu y serán creados.
 - Y renovarás la faz de la tierra.

Oración. Oh Dios, que has instruido los corazones de tus fieles con la luz del Espíritu Santo, concédenos según el mismo Espíritu conocer las cosas rectas y gozar siempre de sus divinos consuelos. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Consideración para el día tercero

Oh Dios, que juegas con los hombres. Como todos los padres han jugado con sus hijos pequeños: al escondite. No te manifiestas cara a cara, prefieres que te busquemos, te deseemos; porque buscar y desear ya es amar. Porque entrar como niños en tu juego es ya encontrarte por la fe, la esperanza y el amor.

El juego comenzó cuando Adán y Eva fueron expulsados del paraíso. Todo el Antiguo Testamento es el juego de amor entre Dios y su pueblo. Navidad fue otro hito. Dios se acercó, pero escondido en un Niño. Había que creer el misterio de Jesús y lo que Él enseñaba. Sobre todo en lo referente a la Eucaristía y a su entrega en la cruz. El trabajo de Cristo “terminó” con el envío del Espíritu Santo por parte del Padre y del Hijo.

Entonces el juego recomenzó de manera sorprendente. Dios se volvió a acercar, a esconder dentro de nosotros, para que le encontráramos. Pentecostés fue una acción sobre toda la Iglesia de una manera concreta: en cada alma. De ahí que descendiera una lengua de fuego sobre cada uno de los presentes en el cenáculo, no una sobre toda la Comunidad.

El itinerario del hombre hasta Dios puede parecer largo y complicado, como el que llevó a cabo Dios en su revelación a la humanidad. Pero no es así, es tan breve como entrar dentro de uno mismo. Dios está en nuestro corazón. Por eso, este juego tiene lugar en el propio corazón¹³.

En sentido bíblico, «el corazón es la morada donde yo estoy, o donde yo habito (...). Es nuestro centro escondido, inaprensible, ni por nuestra razón ni por la de

¹³ ¡Tarde te amé! –exclamaba san Agustín– (...). Tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por fuera te buscaba (...). Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo (...). Me llamaste y clamaste, y quebrantaste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume, y lo aspiré, y ahora te anhelo; gusté de ti, y ahora siento hambre y sed de ti; me tocaste, y deseé con ansia la paz que procede de ti” (*Las Confesiones*).

nadie; sólo el Espíritu de Dios puede sondearlo y conocerlo. Es el lugar de la decisión, en lo más profundo de nuestras tendencias psíquicas. Es el lugar de la verdad, allí donde elegimos entre la vida y la muerte. Es el lugar del encuentro, ya que a imagen de Dios, vivimos en relación: es el lugar de la Alianza»¹⁴.

Ahí es la oración. Ahí el juego del amor. El diálogo amoroso siempre parte de Dios, que es Amor, y yo he de escuchar. En mi corazón. Dios me conoce mejor que yo mismo. Él sabe lo que hay dentro de cada uno. Conoce los entresijos psíquicos, los afectos, las circunstancias actuales, los buenos o malos ejemplos recibidos; sabe por qué pensamos lo que, en el fondo, pensamos, y lo que en el fondo decidimos, y por qué. Y desea llevarnos por caminos que desconocemos, para llegar a un lugar que no sabemos¹⁵. Es un juego escondido, en lo hondo.

La presencia del Espíritu Santo en el corazón es de dos maneras, por la gracia santificante inhabita en el alma del justo, y por las gracias actuales actúa en el alma. Así como la electricidad no se ve, pero cuando está presente transforma la bombilla en fuego, la hace capaz de dar luz y mueve las máquinas, la gracia santificante transforma al hombre en ser divino, capaz de realizar acciones sobrenaturales. Y, además, ilumina su inteligencia y da fuerza a su voluntad para obrar bien, bajo su moción o sugerencia.

Por otro lado, así actúa el Espíritu Santo en nosotros. «Llamamos inspiraciones a todos los atractivos, movimientos, reproches y remordimientos interiores, luces y conocimientos que Dios obra en nosotros, previniendo nuestro corazón con sus bendiciones, por su cuidado y amor paternal, a fin de despertarnos, movernos, empujarnos y atraernos a las santas virtudes, al amor celestial, a las buenas resoluciones; en una palabra, a todo cuanto nos encamina a nuestra vida eterna»¹⁶.

Juego de miradas sugerentes y de respuestas. De responder que sí o que no con la vida. Así se avanza en esta historia de amor entre Dios y el alma. A cada sugerencia divina hemos de responder que sí. Para ello habremos de decirnos que “no” muchas veces. «Acostúmbrate a decir que no»¹⁷, para decir que sí al Amor.

Y es que alguien, malo, nos ha engañado sobre quienes somos, y, a través de mucho jaleo en nuestro interior –la imaginación, el ruido interior por los medios audiovisuales, la agitación por las actividades–, nos esconde que somos capaces de vivir con Dios, endiosados por su gracia. Salir de esta inconsciencia supone una decisión radical de conversión, de girar el alma los grados que hagan falta para ponernos delante de Dios que nos habla en el silencio. Ponernos a sus órdenes. Dejar hacer al Espíritu, experimentar su presencia y su actividad.

¹⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2563.

¹⁵ San Juan de la Cruz, *Coplas*: “Entréme donde no supe: y quedéme no sabiendo, toda ciencia trascendiendo”.

¹⁶ San Francisco de Sales, *Introducción a la vida devota*, II.

¹⁷ San Josemaría, *Camino* 5. Punto tan mal interpretado por quienes hablaron mal de él y le calumniaron.

El Espíritu Santo habla a todos, cristianos y no cristianos, a quienes están en pecado y a quienes viven en gracia. La actitud de todo hombre ha de ser escucharle en su corazón y obedecerle. Lógicamente es preciso estar en gracia de Dios, que es hacia donde Él nos lleva, si queremos ser “espirituales”. Sólo el hombre que tiene conciencia de no estar en pecado mortal y se deja llevar por el Espíritu, puede conocer y gustar las cosas de Dios (1 Co 2,14). Además, es muy conveniente haber sido sellado con el Don del Espíritu Santo, es decir, haber recibido el sacramento de la Confirmación.

Dios y yo, el alma y el Espíritu. La buena voluntad de hacer su voluntad. Pero conviene, además, abrir el corazón a un director espiritual. Porque no basta querer hacer el bien, sino que hay que saber hacerlo. No nos han puesto en esta vida para no hacer el mal, ni siquiera para hacer cosas buenas, sino lo que Dios espera de cada uno en cada momento.

Por eso, la frase «donde el corazón te lleve»¹⁸ es una verdad a medias, pues puede no ser acertado ir adonde lleva el sentimiento, y tener luego que arrepentirse. Debemos conocer la verdad para poder decidir bien. En este sentido, la verdad nos hace libres. Pero esta frase guarda, a la vez, una profunda verdad: el corazón tiene a veces razones que la razón no entiende. Algunos santos, como san Francisco de Asís, se sintieron movidos por Dios e hicieron verdaderas locuras a los ojos humanos.

En toda respuesta a la llamada de Dios siempre hay un paso en el vacío. Y hay que dar el salto trapecista de la fe, saltar el razonamiento. Fiarse de que, detrás, están las manos poderosas de Dios Padre para recogernos y elevarnos. Fue el paso tremendo de Jesús en la cruz. Aunque todo dijera lo contrario, allí estuvo su Padre, y sus poderosos brazos lo arrancaron de la tierra cuando quiso. A veces hay que pasar por ahí: obedecer heroicamente, humillando la razón, que no lo entiende.

Nadie nos preguntó si queríamos nacer en el mundo y ser persona humana, y no flor o pajarillo, pero una vez que somos lo que somos y estamos donde estamos, no hay más remedio que reconocer que estamos para algo grandioso que colme nuestras ansias de felicidad infinita, que alguien nos ha puesto. Somos una ilusión de Dios, un proyecto suyo con la finalidad de hacernos felices, a su manera.

El problema es que no nos demos cuenta. Y viene el Espíritu Santo a despertarnos para que entremos en el juego que Dios ha establecido. Porque, lo sepamos o no, jugamos, y nos va la vida en ello, la vida eterna, llamarnos vencedores.

Reflexión

- ¿Qué tengo yo en el corazón ahora? ¿Qué me causa alegría? ¿Qué me preocupa? ¿Se lo digo al Dios vivo? ¿Sé hacer oración, desde lo hondo, como rezan los Salmos; o me quedo en razonamientos que no me afectan?

¹⁸ Susana Tamaro, *Donde el corazón te lleve*.

- ¿Sé reconocer el “toque” del Espíritu Santo que me sugiere algo? ¿Lo llevo a la oración? ¿Cómo le respondo habitualmente, en cosas concretas?

-¿Sé que Dios ya sabe lo que me pasa y mis circunstancias, y que se sirve de todo para mi bien?

Oración del cardenal Verdier

Oh Espíritu Santo, Amor del Padre, y del Hijo.
Inspírame siempre lo que debo pensar,
lo que debo decir, cómo debo decirlo,
lo que debo callar, cómo debo actuar,
lo que debo hacer, para gloria de Dios,
bien de las almas y mi propia santificación.
Espíritu Santo, dame agudeza para entender,
capacidad para retener,
método y facultad para aprender,
sutileza para interpretar,
gracia y eficacia para hablar.
Dame acierto para empezar,
dirección al progresar
y perfección al acabar. Amén.

EN EL JUEGO DE DIOS

Oración inicial

¡Ven, Espíritu Santo!,
 llena los corazones de tus fieles
 y enciende en ellos el fuego de tu amor.
 - Envía tu Espíritu y serán creados.
 - Y renovarás la faz de la tierra.

Oración. Oh Dios, que has instruido los corazones de tus fieles con la luz del Espíritu Santo, concédenos según el mismo Espíritu conocer las cosas rectas y gozar siempre de sus divinos consuelos. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Consideración para el día cuarto

Al recibir el sacramento de la Confirmación, Dios nos confirma como hijos suyos, y nos llena de Sí mismo, aunque no sintamos nada. Esto es lo más importante de este sacramento: Dios que viene de nuevo a nosotros, nos resella como hijos y luchadores suyos, para esta contienda contra el enemigo. Y a la vez, es un momento en el que el cristiano ha de confirmar su fe.

En efecto, quienes han sido bautizados de muy pequeños, lo han sido por la fe de sus padres, en la fe de la Iglesia. Pero sucede a menudo que, pasados los años, su fe sea como prestada, sean cristianos por inercia, sin que les afecte serlo. Y sin acto de fe personal no hay salvación. Es, pues, al recibir la Confirmación un buen momento para decir voluntariamente a Dios: te creo, creo todo lo que me dices, y voy a vivir conforme a tus designios. Este acto de fe debemos hacerlo frecuentemente.

Ser santo no es difícil, sin embargo requiere una decisión continuada durante toda la vida. Si Cristo preguntara a alguien si quiere ir al Cielo, contestaría sin vacilar que sí, lógicamente. Pero si le mirara fijamente y volviera a hacerle la pregunta despacio, ¡ah!, entonces dudaría en la respuesta. Captaría lo que ese compromiso encierra: poner los medios, todos los medios; abandonarse totalmente en su plan, como hicieron los apóstoles.

Estar dispuesto a que el Señor le diga como a Simón Pedro: *cuando eras joven, tú te ceñías e ibas adonde querías; cuando seas mayor extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras* (Jn 21,18), es decir, estar dispuesto a dejarse conducir por Él.

La santidad es el resultado de la confluencia de la voluntad divina y de la voluntad humana que la realiza. La gracia fecunda la libertad del hombre, y produce como una miel de la que se vive en la vida eterna. Entonces el hombre, como los personajes santos de la Biblia, va escribiendo cada día una página de una nueva historia santa, con la pluma de su voluntad.

Hay alguien que desea nuestra felicidad más que nosotros mismos, y ese alguien es Dios. Para eso nos ha facilitado los medios necesarios para ir al Cielo –con lo que le costó la redención–. Todo depende de nosotros. Precisamente para eso estamos de visita en esta tierra. ¿Quieres ser santo? ¿De verdad? Pues entra en el juego del amor.

Entrar en el juego es poner en práctica lo que Dios nos va diciendo. En una ciudad de Italia, en una antigua escuela de artes donde estudiaron famosos pintores, conservan una cartela con tres frases, que dice así: «Si lo veo, lo sé. Si me lo explican, lo entiendo. Si lo hago, lo aprendo». Hasta que uno no se pone a pintar, y a pintar mucho, no se puede decir que sea pintor. De manera semejante no es cristiano el que conoce las verdades del catecismo y no las practica. También el diablo sabe las verdades de la fe y no le sirve para nada.

Hemos de conocer¹⁹, de experimentar en primera persona las verdades que creemos, si no la vida espiritual se construirá sólo con ideas, y no llegará lejos. Por ejemplo, nada se sabe de la oración hasta que no se dedican ratos largos a estar a solas con Dios; nada se sabe qué es el apostolado hasta que no se habla de Dios con alguien; ni qué es la mortificación hasta que no se niega en algo concreto por Dios.

Y, sobre todo, el tema raíz de la vida espiritual. Saber que Dios es padre de los hombres no afecta al corazón. Se sabe lo que es la filiación divina cuando se ha tenido una experiencia de Dios que me quiere mucho, me perdona, me comprende y me protege.

Todos hemos de experimentar, quizás por pasar un momento de sufrimiento intenso, este sentirnos hijos muy amados. Sólo así se *sabe* esta verdad fundamental, cuando se *siente*. Esto es muy importante. Es descubrir en carne viva el motivo y el motor de la vida espiritual, para perseverar en el camino.

La vocación cristiana no es sólo un conjunto de verdades y de preceptos morales con los que se está de acuerdo; es, ante todo, la identificación con una Persona, con Jesucristo; vivir por Cristo, con Él y en Él. Saberse hijo de Dios, del Padre, por el Espíritu Santo. Pentecostés fue, entre otras cosas, la experiencia personal del cariño de Dios, que es Amor.

Entonces la vida, como respuesta a la pregunta que Dios nos hace al crearnos, adquiere una dimensión insospechada. Es un nuevo modo de entender la existencia, y porqué Dios nos da todo lo que necesitamos para vivir de este modo.

Porque Dios mismo viene en nuestro auxilio. Nos da con su gracia las virtudes teologales –la fe, la esperanza y la caridad– que nos posibilitan obrar sobrenatu-

¹⁹ En la Biblia *conocer* significa tener una experiencia profunda. Sólo se conoce el sufrimiento de verdad cuando se ha sufrido. También, conocer a otra persona no es tener noticia suya o haber sido presentados, sino tener una relación personal. Así se dice que Adán conoció a su mujer, y tuvieron un hijo; asimismo, María contestó al ángel: ¿Cómo será esto si no conozco varón?

ralmente, en el ámbito de la eternidad. Además nos concede las inspiraciones, las llamadas a la puerta de nuestra conciencia, y las gracias o fuerzas para responder bien, y añade los Dones del Espíritu Santo.

Se colma la manera de ser humana, el hombre se perfecciona como tal. Las buenas inclinaciones que tenemos por naturaleza, se van mejorando con actos buenos, imprimiéndose en nosotros las virtudes humanas. La obediencia, la lealtad, la paciencia, la prudencia, la laboriosidad, etc., perfeccionan nuestro modo de ser y nos facilitan obrar bien en ese sentido en el futuro.

Dios ayuda en este esfuerzo, pero además nos concede los Dones del Espíritu Santo. Los dones del Espíritu Santo, al igual que las virtudes, son hábitos o modos de ser que anidan en nuestra inteligencia y en nuestra voluntad, pero no son fruto de nuestro esfuerzo, sino que los imprime Dios en el alma, y nos disponen a recibir sus inspiraciones y a obrar de manera sobrenatural.

Se han comparado las virtudes humanas a los remos de una barca, y los Dones del Espíritu Santo a las velas²⁰. A vela se navega más rápido y con menos esfuerzo. Los dos son necesarios, los remos y las velas, lo que hacemos nosotros y lo que hace Dios en nosotros. Además está el soplo del Espíritu Santo, sus inspiraciones, que es como el viento que empuja el velamen.

Por parte de Dios, nada falta. Todo depende, pues, de nosotros. De que, de verdad, queramos meternos en este maravilloso juego de amor, escuchando, preguntando, obedeciendo, poniendo en práctica sus inspiraciones, dejándonos llevar por donde Él desea. Disfrutando de las cosas del Padre celestial.

Pero hemos de querer de verdad. Porque una cosa es saberlo y desearlo, y otra querer. Por las obras se conoce a las personas, como a los árboles por sus frutos. Por lo que hemos elegido se descubre dónde tenemos el corazón; lo que en el fondo queremos, lo que preferimos. Hace falta una buena dosis de fortaleza por nuestra parte, es decir, de carácter²¹. Solo los que se hacen violencia arrebatan el Cielo (Mt 11,12). Si las obras no acompañan a los buenos deseos, éstos son meras palabras, no se avanza y no se siente la presencia de Dios.

En cuanto al amor, sucede lo mismo en el ámbito sobrenatural que en el humano. El marido que prefiere ir a comer con unos amigos el día del cumpleaños de su mujer, en realidad ama más a los amigos. Por mucho que diga que la prefiere a ella. Si se abandonan las prácticas de piedad, la mortificación o el apostolado – siempre hay motivos y justificaciones– se prefiere otras cosas antes que a Dios.

²⁰ Los Dones del Espíritu Santo se comentan en este libro en el día dedicado a la *Contemplación*: Sabiduría, Entendimiento, Ciencia, Consejo, Piedad, Fortaleza y Temor de Dios.

²¹ *Camino*, ese libro que introduce por caminos de vida interior, escrito por el fundador del Opus Dei, comienza con el capítulo *Carácter*. Sin la fuerza de la voluntad humana es imposible construir la vida del Espíritu Santo en nosotros.

En los detalles se nota al buen profesional, la buena educación y el cariño²². El amor en las cosas pequeñas, ahí está el secreto. Y este modo de actuar nos pide el Señor para darnos su ayuda y para que seamos espirituales en nuestro modo de tratar con Él; es decir, si practicamos lo que nos sugiere, tendremos sentido sobrenatural.

La piedad son los detalles de cariño que tenemos con Dios, la Virgen y los santos. Como es santiguarse al entrar en una iglesia, rezar antes de darnos al sueño, encontrar a Jesús en el corazón del Avemaría, ir elegantemente vestido al asistir a Misa, darse cuenta al abrir una puerta de que también pasa el ángel de la guarda. Si nos movemos entre detalles de amor, como si el mundo sobrenatural fuera verdad, la vida espiritual crece. De otra manera, se difumina.

Además, hay cosas que sólo se entienden en esas coordenadas del cariño –el celibato de los sacerdotes, la pobreza, la obediencia–; si falta la piedad desaparece el sentido sobrenatural y surgen dudas racionalistas, dilemas innecesarios. Se puede perder hasta la fe. A base de no hacer la genuflexión ante el sagrario, por ejemplo, se puede acabar pensando que en el sagrario no hay nadie.

Queda decir para hoy que cada sugerencia del Espíritu Santo en el juego, al menos las importantes, hay que practicarlas –experimentarlas– en su momento. Porque, si no, el juego se paraliza, no va adelante hasta que no se ponga en práctica esa lección.

Nos tienen que doler las oportunidades perdidas voluntariamente; las sugerencias de amor rechazadas. Las gracias dejadas infecundas. Tenemos el sacramento del perdón, del dolor de corazón, para retomar el camino del amor. Si después de cada falta nos levantamos con un acto de contrición y un propósito, iremos bien.

«¡Oh, Jesús mío, qué fácil es santificarse! ¡Solamente hace falta un poquito de buena voluntad! Y si Jesús descubre ese mínimo de buena voluntad en el alma, se apresura a darse a ella. Y nada le detiene, ni las faltas, ni las caídas, absolutamente nada. Jesús tiene prisa por ayudar a esta alma, y si el alma es fiel a esta gracia de Dios, en poco tiempo logrará llegar a la más alta santidad que una criatura pueda alcanzar aquí abajo. Dios es muy generoso y no niega a nadie su gracia. Incluso nos da más de lo que pedimos. La vía más corta es la fidelidad a las inspiraciones del Espíritu Santo»²³.

Reflexión

- ¿Sé que Dios espera con ilusión mi participación entusiasta en el juego de la entrega? ¿Sé que es para mi bien, que no le hago un favor a Dios?

²² Ya dice la Biblia que, por el modo de vestir, de reír y de caminar, se conoce a las personas (*Sí* 19,27). El uniforme o el hábito, por ejemplo, manifiesta el espíritu que se lleva dentro.

²³ Santa Faustina Kowalska, *Diario*.

- ¿Le respondo que sí en cada caso, o me vence mi falta de carácter y prefiero desentenderme para vivir a mi manera? ¿Actúo por temor?
- ¿He tenido la experiencia de la felicidad que causa la respuesta afirmativa a Dios?

Oración de santa Teresa Benedicta de la Cruz

¿Quién eres Tú, dulce luz, que me llena
e ilumina la oscuridad de mi corazón?
Tú me guías como la mano de una madre,
y si me soltaras, ya no sabría dar un paso más.
Eres el ámbito que me circunda y me encierra en sí.
Separada de Ti, me hundiría en el abismo de la nada,
de esa nada desde que la elevaste hasta el ser.
Y eres más interior a mí que lo más íntimo de mi ser,
y, sin embargo, eres inaccesible e incomprensible,
y no cabes en nombre alguno:
¡Espíritu Santo-Amor eterno!

DISPOSICIONES DEL ALMA

Oración inicial

¡Ven, Espíritu Santo!,
 llena los corazones de tus fieles
 y enciende en ellos el fuego de tu amor.
 - Envía tu Espíritu y serán creados.
 - Y renovarás la faz de la tierra.

Oración. Oh Dios, que has instruido los corazones de tus fieles con la luz del Espíritu Santo, concédenos según el mismo Espíritu conocer las cosas rectas y gozar siempre de sus divinos consuelos. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Consideración para el día quinto

La escuela del Espíritu Santo, como se ha llamado al itinerario espiritual, comienza con los susurros de Dios y el alma ha decidido dejarse instruir, y practica sus enseñanzas. Nuestra disposición ante Él se resume en purificar el corazón y en dejarnos llevar por Él. Veamos ahora este dejarnos llevar por Dios.

La acogida del Espíritu Santo en el corazón requiere unas disposiciones interiores de escucha, de obediencia, de abandono y de vaciamiento. Un ambiente interior de paz. Si la casa la llenan los ruidos, la agitación interior, el resentimiento, los enfados, las preocupaciones, etc., no entra. Los que están llenos de sí mismos no le dejan espacio. Porque Él es bueno, delicado y su acción amable, no puede moverse y actuar sino en un ambiente adecuado a su modo de ser. El alma ha de acomodarse a la caridad.

Esta es la primera disposición que ha de tener el alma, *vivir en un espíritu de paz*. Con la imagen del Espíritu Santo como paloma, podemos decir que sólo puede posarse en el alma en calma, no en las aguas turbulentas. Y una vez que está como a gusto, habla en el silencio del alma, bajito, sugiriendo, y sólo en ese clima pacífico de oración se le escucha.

El silencio es territorio de Dios. En las partituras se anotan los silencios. Los silencios también son música, “la música callada” de la que hablaba san Juan de la Cruz. A veces es esa nota que se deja de tocar y que queda en el aire la que más afecta a los oyentes. Esto es necesario en los ratos de meditación personal: dejar de leer y de pensar. Por eso los predicadores callan de vez en cuando, para que la lluvia de la palabra de Dios cale en el alma. Puede ser, incluso, lo más importante de una meditación: dejar hablar a Dios.

Hermanado con la paz está el *abandono en las manos de Dios* ante los acontecimientos que rodean nuestra vida. Es el desarrollo objetivo de la historia, donde se entrecruzan previstos e imprevistos, sucesos de la naturaleza y otros voluntarios propios o ajenos, que, incluso pueden ser malos. Pues bien, hemos de aceptarlos

serena y amorosamente, con espíritu de confianza filial y de abandono. No se trata de esa actitud pasiva que llaman resignación, sino de una actitud más fecunda: aceptar todo como venido de su mano, porque se sabe que *todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios* (Rm 8,28).

Tal vez con el tiempo, quizás en la otra vida, entendamos que aquellas cosas que nos hicieron tanto daño, nos hicieron mucho bien. Es una lógica divina que ahora no se entiende, pero se sabe que será lo mejor. En todo caso, nosotros nos santificamos con los sucesos reales, no hay que esperar a otras circunstancias más favorables. Es el realismo de la vida interior, que se mueve en las coordenadas divinas, por las virtudes teologales, en lo ordinario de cada día.

Otra actitud es el *desprendimiento*. Cada día le pedimos al Espíritu Santo al comenzar estas consideraciones que llene los corazones de sus fieles, para eso es preciso que estén vacíos del todo. Esforcémonos por no “apegarnos” afectivamente a nada en el aspecto material o espiritual. No se trata de una fría indiferencia ante cualquier cosa, sino de conservar la libertad de espíritu. A veces lo que más cuesta entregar son las ideas, el modo de ver las cosas, si tengo yo razón.

Darse del todo, por tanto, gratuitamente, sin esperar consuelos ni nada. Sabiendo que Dios nunca deja abandonados en el camino a quienes confían en Él. Dios no defrauda. Es una de las grandes enseñanzas del Antiguo Testamento: a pesar de las infidelidades de los israelitas, Dios siempre permaneció fiel.

Y como cuarta disposición del alma ante el Espíritu Santo es tener la *firme y constante determinación de obedecer a Dios en todo*; en lo grande y en lo pequeño. Que se haga su voluntad, no la nuestra, como pedimos en el Padrenuestro. Muchas expresiones de la voluntad de Dios las conocemos sin necesidad de inspiraciones especiales: lo que él desea nos lo da a conocer de un modo general por medio de la Escritura, las enseñanzas de la Iglesia, las exigencias propias de nuestra vocación, de nuestra vida profesional, etc.

Si existe en nosotros un deseo sincero de fidelidad en todos esos ámbitos, el Espíritu de Dios nos favorecerá con más mociones. En cambio, si somos negligentes en nuestros deberes habituales, por muchas inspiraciones particulares que pidamos a Dios, es muy posible que no nos escuche.

Estas disposiciones forman como el ambiente o el terreno donde se juega el juego. Pero, además, hemos de practicar actitudes más activas, para seguir adelante siempre.

En primer lugar, *agradecer* a Dios sus dones e inspiraciones. De la humildad nace el agradecimiento. Si Dios ve nuestro reconocimiento, lo más seguro es que Él sea proclive a darnos más y más gracias.

En segundo lugar, *invocar al Espíritu Santo*. Los teólogos enseñan que a los espíritus hay que llamarlos como seres inteligentes que son para que se acerquen. A los ángeles –también los diablos son ángeles– y al Espíritu Santo. La Liturgia de

la Iglesia y la piedad de los fieles siempre le han llamado: Ven Espíritu Santo, Ven Creador, Ven Padre de los pobres,...²⁴.

Además, *pedirle luces*. ¡Oh Espíritu Santo! Inspírame lo que he de pensar, lo que he de pedir, de hacer, de callar. Te pido tus dones para poder amarte mejor y servirte, sirviendo a los demás.

Es necesario *hacer examen en la oración*. Volver al lugar del corazón de vez en cuando para pasar por ahí lo que nos sucede, lo que no nos sucede y debería sucedernos; lo ordinario y lo que nos ha llamado la atención. Examinaremos los movimientos que surgen en lo íntimo de nuestro corazón, más o menos conscientes: sentimientos de temor, querer llamar la atención, sensualidad; y, también, el deseo desinteresado de ayudar a alguien, o una frase que viene al corazón como jaculatoria.

Hemos de preguntarnos de dónde proceden, si de nuestra naturaleza, de la acción del demonio o de la influencia del Espíritu Santo. Para reconocerlas y distinguir las es preciso estar atentos a lo que ocurre dentro de nosotros. Nos ayudará a percibir el origen de esos movimientos el análisis de sus efectos: por ejemplo, los que dejan en nosotros alegría y paz, y los que, al contrario, suscitan inquietud y tristeza²⁵.

Finalmente es conveniente abrir el corazón a un *director espiritual*. Alguien que nos merezca confianza, a quien se acude regularmente. Conocedor de la antropología cristiana, docto y piadoso, que tenga experiencia porque él va por delante en la vida espiritual, y que conozca nuestras circunstancias. El director espiritual irá dando luces para ver lo más conveniente. Lo que agrada a Dios en ese caso, o sea lo más prudente. Y es el dirigido quien toma las decisiones. No nos dirá, posiblemente, lo que tenemos que hacer en concreto, pero es bueno saber escuchar en oración lo que nos dice. Esos consejos, dados desinteresadamente, son un tesoro que hay que saber aprovechar.

Lo habitual será dejarnos llevar por el Espíritu Santo, como quien va en una nave y se confía al buen saber y hacer del piloto²⁶. Porque el subjetivismo puede llevar a la ruina. Al menos eso sucede en la alta montaña. Los caminos son sabios, y es de sabios seguirlos.

Reflexión

²⁴ Decir “ven” es decir de modo sobreentendido “voy”. Cada año, el sentido del adviento al decirle *ven señor Jesús*, significa que me preparo y me acerco a ti. “Ven señor Jesús”, la Biblia termina con estas palabras, haciendo referencia a la venida de Cristo al final de los tiempos. Pero estamos diciendo, hacia allá voy, espérame, que yo llegaré como lo esperas.

²⁵ Cfr. Jacques Philippe, *En la escuela del Espíritu Santo*.

²⁶ En la nave que es la Iglesia el piloto es el Magisterio del Papa y de los obispos. Esto en general, y de modo particular la dirección espiritual. Cfr. San Josemaría, *Camino*, 59.

- ¿Invoco estos días al Espíritu Santo frecuentemente, con el deseo de que se acerque más; es decir, me una yo más a Él?
- ¿Tengo interés en ver el mundo como Dios lo ve, a los que me rodean, como me ve a mí? ¿Recuerdo lo que me han dicho en la dirección espiritual?
- ¿Sé que, cuando me muera, Dios no me va a preguntar si tenía yo razón, o quién la tenía; sino si he vivido las virtudes teologales –la fe, la esperanza, la caridad–, quizá de modo heroico en algún momento? ¿Me doy cuenta de que lo que se trata ahora es de cumplir la voluntad de Dios?

Oración de san Agustín

Ven a mí, Espíritu Santo,
 Espíritu de sabiduría:
 dame mirada y oído interior
 para que no me apegue a las cosas materiales,
 sino que busque siempre
 las realidades del Espíritu.

Ven a mí, Espíritu Santo,
 Espíritu de amor:
 haz que mi corazón siempre sea
 capaz de más caridad.

Ven a mí, Espíritu Santo,
 Espíritu de verdad:
 concédeme llegar al conocimiento
 de la verdad en toda su plenitud.

Ven a mí, Espíritu Santo,
 agua viva que lanza a la vida eterna:
 concédeme la gracia de llegar
 a contemplar el rostro del Padre
 en la vida y en la alegría sin fin. Amén.

LA TIBIEZA

Oración inicial

¡Ven, Espíritu Santo!,
 llena los corazones de tus fieles
 y enciende en ellos el fuego de tu amor.
 - Envía tu Espíritu y serán creados.
 - Y renovarás la faz de la tierra.

Oración. Oh Dios, que has instruido los corazones de tus fieles con la luz del Espíritu Santo, concédenos según el mismo Espíritu conocer las cosas rectas y gozar siempre de sus divinos consuelos. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Consideración para el día sexto

A los que comienzan, Dios suele regalarles un sentimiento semejante al enamoramiento. Fervor, gozo interior, entusiasmo; por la novedad del camino y las maravillas que van descubriendo; por la alegría y el buen ejemplo de los que le acompañan en ese camino espiritual.

Quizá con el tiempo, con el paso de los meses o de los años, se enfríen o lleguen a desaparecer esos consuelos espirituales, y todo se haga recio, con un amor más maduro. Y el que juega con Dios quede confundido, porque se ha entregado del todo a Él y esperaba mucho. Y es como si ahora se hubiera hecho más “realista”, como si descubriera que la vida espiritual no es como se le prometía. Como que Dios se hubiera escondido.

Y es que aún no se sabe de la resistencia de la parte psicológica y sensible, ni de la incompreensión de los demás, ni del enemigo que sale a nuestro encuentro, aprovechando todas nuestras limitaciones. Porque es a estas personas a las que el diablo intenta engañar.

Este suele ser el camino ordinario. Y ya el Espíritu Santo cuenta con ello. Prevé y provee con su método ir purificando los sentimientos y la intención. Es una crisis de crecimiento semejante a la de los crustáceos de mar, que el caparazón se les cae, para que les salga otro mayor. Y en ese tiempo quedan como con la espalda al aire, doloridos por la sal del agua.

Porque Dios da mucho –se da a Sí mismo–, pide mucho. Pide fe, creerle. Pide tiempo, pide la vida. Pide tiempo para entenderle. No pide como contraprestación por los regalos que nos da. No. Es para poder darnos más, si le decimos que sí. Es una constante en la Biblia: Dios a quienes más quiere más les pide. Muchos protagonistas, por ejemplo san José, tuvieron que cambiar sus proyectos personales para que se hiciesen realidad los proyectos divinos. De los que san José fue testigo. Y es que, dándole desinteresadamente, nos hacemos semejantes a Dios, que es

Caridad. Aprendemos –practicándola– la virtud más importante²⁷. Que en esto consiste finalmente el juego, en la caridad.

No hay que extrañarse de que seguir las sugerencias del Espíritu Santo, como Cristo hizo, cueste. Jesús vino a la tierra obedeciendo al Padre, se perdió en el Templo a los doce años empujado por el Espíritu, y al desierto antes de comenzar sus tres años de vida pública. Fue a Jerusalén para realizar la redención. Y a la cruz, por obediencia al plan salvífico.

Seguir las llamadas del Espíritu Santo, o seguir a Cristo, que es lo mismo, es una experiencia gratificante, pero costosa. De alguna manera, aquí no se regala nada. Hay que demostrar que se ama a Dios para experimentar su amor.

Pero hemos de reconocer una treta del enemigo. El diablo en ocasiones no tienta a cometer un pecado, sino que intenta de manera sibilina alejar de Dios sugiriendo seguir el camino perezosamente, dejándose llevar por las rutinas, sin esforzarse por amar. No, contra Dios no, pero tampoco según sus deseos. Y así, como el agua estancada se pudre; y así, como la trucha que no nada, se la lleva la corriente, así el alma pierde el sentido sobrenatural y, con ello, el interés por las cosas de Dios.

Lo que en teología espiritual se denomina “tibiaza” es un ánimo cansino para las cosas de Dios y sagaz para el propio interés. Es estar entre el calor y el frío, como se quedó Pedro mirando al fuego aquella noche, con el rostro junto a los asistentes, como si fuera uno de ellos. Pero a cierta distancia, sin querer dejar al Señor del todo; con la espalda fría, alejado de lo que un día fuera encuentro gozoso con el amor de Dios. Y acabó negando que conociera a Jesús. Ya lo dijo el Señor, *el que no está conmigo, está contra mí* (Mt 12,30). La tibiaza es alejarse del fuego de Pentecostés.

En esa circunstancia de mediocridad, justificando con sofismas los errores prácticos, si no reacciona, el alma abandonará la ilusión por ser santo, por agradar a Dios. Preferirá agradarse a sí mismo, y terminará dejando el camino, porque así no se puede vivir²⁸. En la vida espiritual las sugerencias del amante son mandatos para el amado. Si el alma no tiene una constante y profunda conversión hacia Dios, acaba abandonando la vida espiritual. Además, por parte de Dios se cierra la escuela.

Cuando un árbol se rompe estrepitosamente y se descubre que tenía carcoma, hay que saber que desde hacía tiempo estaba podrido, y se le notaba. Las cosas de este tipo no suelen suceder de improviso. Haciendo la autopsia espiritual de una per-

²⁷ En concreto en la fraternidad. Dios nos ama no porque seamos buenos, sino porque Él es bueno. Del mismo modo hemos de mirar y comprender –amar– a los que nos rodean, porque nosotros seamos buenos, pasando por encima de sus maneras de ser. Por eso amamos a todos, también a los enemigos.

²⁸ Casos llamativos de defección fueron Lutero (religioso agustino), Enrique VIII de Inglaterra (a quien el Papa calificó antes como "defensor de la fe"), y tantos sacerdotes y religiosas que se secularizaron después del Concilio Vaticano II.

sona que antes era fiel a Dios, alegre, preocupada por los demás, y se ha *secado*, se encuentran elementos raros, sorprendentes, repetidos, nocivos para la salud del alma. Detalles de orgullo, de vanidad, de sensualidad,... trampas como en Judas. Faltas de amor.

La vida eterna, la que ya hemos empezado a vivir, no es un juego en el sentido de que, cuando se muere no ha pasado nada, y todos vamos al Cielo. Ni siquiera la vida humana es un juego. Sólo se vive una vez. Y a lo largo de los años, tomamos decisiones que son más decisivas de lo que pueden parecer. Adelantar con el automóvil en curva sin visibilidad es una decisión de vida o muerte. Después, si ha habido muertos, no cabe decir que no ha pasado nada. Y también puede ser mortal no poner atención en los detalles. Los automóviles se quejan cuando algo va mal: emiten ruidos, se calientan, echan humo, encienden una luz si les falta combustible o falla el freno. Son detalles que requieren un arreglo inmediato, para evitar sorpresas desagradables.

En el amor no hay faltas pequeñas. Tanto en el amor divino como en el humano: asistir a una fiesta familiar, volver a cenar a casa, llamar por teléfono simplemente para decir dónde estoy, notar que alguno está cansado, adelantarse a servir, interesarse por sus cosas, etc. son detalles que demuestran si se ama. En el amor divino a esto se llama piedad. Piedad para con Dios y para con los hermanos.

El Espíritu Santo llama a nuestra conciencia como se golpea una puerta. Sería una pena que ante una sugerencia suya concreta –una mortificación en la mirada, un no querer ser el centro de nuestros pensamientos o de nuestras conversaciones, ponernos a hacer la oración– respondiéramos que no. Quizá un detalle aislado no tenga mucha importancia, pero si se repite, se irá endureciendo el corazón ante la voz del Paráclito, y se irá incapacitando para las cosas de Dios.

Como en el caso de la vírgenes necias, hay olvidos que no son faltas de memoria, sino de amor. De no estar en lo que hay que estar. Porque se tienen otros intereses en la cabeza, otros amores en el corazón. Al final cada uno hace lo que quiere. Es cuestión de preferencias; y por las obras se sabe lo que alguien tiene en la cabeza y a quién quiere; en el amor humano y en el amor a Dios²⁹.

Bueno será hacer de vez en cuando examen personal, un reconocimiento a fondo. Traer a la memoria las cosas que nos han dicho, las caras que nos ponen. Para ver si están contentos con nosotros, o en cambio sembramos tristeza o preocupación. Si tenemos detalles pequeños de cariño, de qué hablamos, por qué llegamos tarde, si estamos a disgusto, etc. Ese examen, hecho en la presencia de Dios, debe acabar

²⁹ Conviene distinguir estas faltas serias de amor, que manifiestan que el corazón no se tiene en Dios; de los olvidos, las faltas de carácter, el desorden, etc. corrientes, disculpables. Una cosa es la tibieza, grave, y otra las faltas y pecados leves que son como el polvo del camino, y que solemos llevar al sacramento de la Confesión.

en darle gracias, en pedirle perdón por lo que no hemos hecho o no hemos hecho bien, y en pedirle que nos ayude más³⁰.

Le pediremos perdón en la medida en que no nos perdonemos a nosotros mismos. Hemos de reconocer que en ocasiones el enemigo, el espíritu del Mal, nos ha engañado. En vez de estar en las cosas de mi Padre celestial, como dijo el niño Jesús al ser hallado en el Templo (Lc 2,49), nos hemos dedicado a nuestras pequeñeces. En vez de estar en las cosas del padre, estemos como el hermano del hijo pródigo, que no había desobedecido abiertamente a su padre, pero realmente no le amaba.

He de ocuparme de mis ratos de oración, de las cosas de la casa, de mis hermanos; he de ordenar jerárquicamente mi tiempo y mis afectos. He de hacer apostolado. Romper lo que haya que romper. He de demostrar que quiero estar en casa como Dios espera. Porque eso es obedecer. Vuelve así el gusto por las cosas divinas, la ilusión de vivir, la alegría, la piedad. Todo depende de Dios, sí; y todo depende de nosotros, de que queramos.

Reflexión

- ¿Me doy cuenta de que yo no soy capaz de rehacerme, de vencer al Maligno, pero que el Espíritu Santo sí es capaz, y yo, con su gracia, sí puedo?
- ¿En qué pienso en la oración? ¿Realmente estoy unido por el afecto a Dios Padre, a Jesucristo, al Espíritu Santo? ¿Estudio cómo hacer felices a quienes me rodean, y si necesitan de mí?
- ¿Hay algo en mí que deba ser sacrificado, entregado en ofrenda al Padre? ¿Me puede pedir Dios más, o tengo una actitud de defensa?

Oración de san Josemaría

Ven, ¡oh Santo Espíritu! ilumina mi entendimiento, para conocer tus mandados; fortalece mi corazón contra las insidias del enemigo; inflama mi voluntad... He oído tu voz, y no quiero endurecerme y resistir, diciendo: después..., mañana. Nunc coepi! ¡Ahora!, no vaya a ser que el mañana me falte.

¡Oh, Espíritu de verdad y de Sabiduría, Espíritu de entendimiento y de consejo, Espíritu de gozo y de paz!: quiero lo que quieras, quiero porque quieras, quiero como quieras, quiero cuando quieras.

³⁰ «Gracias Señor, perdón, ayúdame más». Oración breve de Monseñor Álvaro del Portillo, recordada por el papa Francisco el 27 de septiembre de 2014 en la ceremonia de su beatificación.

PURIFICAR EL CORAZÓN

Oración inicial

¡Ven, Espíritu Santo!,
 llena los corazones de tus fieles
 y enciende en ellos el fuego de tu amor.
 - Envía tu Espíritu y serán creados.
 - Y renovarás la faz de la tierra.

Oración. Oh Dios, que has instruido los corazones de tus fieles con la luz del Espíritu Santo, concédenos según el mismo Espíritu conocer las cosas rectas y gozar siempre de sus divinos consuelos. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Consideración para el día séptimo

Jesucristo enseñó que del corazón proceden todos los pecados (Mt 15,19). Y, lógicamente, de ahí también proceden todos los buenos pensamientos, deseos y acciones. Quisiéramos ser buenos, pero descubrimos en nosotros inclinaciones hacia el bien, y otras, debido a la herida del pecado original y de los pecados personales, que nos inclinan hacia el mal. Y a este esfuerzo por hacer el bien y evitar el mal se denomina “ascética”.

Haciendo el bien vamos creciendo en las virtudes humanas, nos vamos perfeccionando. Y, al contrario, quien hace el mal moral –el pecado– se hace malo y se apoderan de él los vicios³¹. Pero, además, la vida de pecado trae como consecuencia que va oscureciendo la conciencia. El corazón ya no detecta el mal como mal, y se hace más difícil la conversión. Por eso, es preciso purificar los ojos del corazón, para tener como una piel fina, como la sensibilidad de los ojos ante lo que agrada u ofende al Señor. Hemos de pedir a Dios lo que le pedía el rey David: *Crea en mí, oh Dios, un corazón puro* (Sal 51,12).

El corazón se purifica siendo sincero ante Dios, acudiendo al sacramento del perdón de los pecados y esforzándose por ser mejor, procurando hacer la voluntad de Dios. Es una tarea de toda la vida. «El camino de la perfección pasa por la cruz. No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual. El progreso espiritual implica la ascesis y la mortificación que conducen gradualmente a vivir en la paz y el gozo de las bienaventuranzas»³².

³¹ El pecado es una participación en la naturaleza diabólica. Hace a la persona mala. Después de una multiplicación de los panes, Jesús rehusó que le aclamaran como rey (Jn 6,15). ¡Qué pensamientos tan oscuros debieron atormentar esa noche a Judas, al comprobar que con Jesús no iba a triunfar humanamente! Por eso, al día siguiente, dijo Jesús a sus apóstoles: *¿No os he elegido yo a los doce? Sin embargo, uno de vosotros es un diablo. Hablaba de Judas, hijo de Simón Iscariote* (Jn 6,75).

³² *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2015.

San Josemaría enseñó la ascética cristiana como una lucha interior, en sentido positivo, como un deporte; en el que en ocasiones se gana y en otras se pierde. Pero mientras hay lucha, esfuerzo, hay vida.

«La guerra del cristiano –decía– es incesante, porque en la vida interior se da un perpetuo comenzar y recomenzar, que impide que, con soberbia, nos imaginemos ya perfectos. Es inevitable que haya muchas dificultades en nuestro camino; si no encontrásemos obstáculos, no seríamos criaturas de carne y hueso. Siempre tendremos pasiones que nos tiren para abajo, y siempre tendremos que defendernos contra esos delirios más o menos vehementes.

»Advertir en el cuerpo y en el alma el aguijón de la soberbia, de la sensualidad, de la envidia, de la pereza, del deseo de sojuzgar a los demás, no debería significar un descubrimiento. Es un mal antiguo, sistemáticamente confirmado por nuestra personal experiencia; es el punto de partida y el ambiente habitual para ganar en nuestra carrera hacia la casa del Padre, en este íntimo deporte»³³.

Esta es la siguiente lección. De una parte la ascesis entendida como purgación pasiva, porque –como sucede a todos en la vida– no hay más remedio que aguantar y tratar de superar las contrariedades, si se quiere seguir adelante. Y de otra parte, la mortificación voluntaria, que buscamos o con la que nos topamos. Son preguntas que Dios nos hace en medio del camino. Se demuestra así que se le ama por encima de todas las cosas, que se le quiere de verdad. Por eso, detrás de cada vencimiento personal, de cada respuesta afirmativa, se descubre a Dios que nos esperaba allí. Siempre tiene premio.

De un lado están las pruebas que padecemos, de las que no tenemos culpa, y con las cuales cuenta Dios para purificarnos. Es lo que san Juan de la Cruz llama “noche oscura de los sentidos” (tentaciones de la sensualidad y los escrúpulos). Y, más adelante, es la “noche oscura de la fe”, por ejemplo por una depresión, donde desaparece todo consuelo espiritual y se tiene la impresión de que Dios no está. Es la prueba que Jesús padeció en Getsemaní y en el Calvario, donde parecía que su Padre le había abandonado al odio de sus enemigos³⁴.

Y junto a esta purificación pasiva, que hay que llevar con gallardía, está el espíritu de mortificación. «La mortificación para quien aspira a la santidad debe ser lo que la respiración para el cuerpo; si ésta falta, el cuerpo no puede tener Vida (...). Tanto tendré de santidad cuanto tenga de mortificación, porque la santidad es todo lo contrario de lo que muchos creen; muchos miran y aprecian por santos al que tiene éxtasis, arrobamientos, visiones, revelaciones, dulzuras, consuelos y otras muchas cosas que siente el alma en la vida espiritual (...). La santidad se adquiere por la mortificación y en ella se perfecciona por la mortificación; a los muy morti-

³³ San Josemaría, *La lucha interior*. Homilía pronunciada el 4 de abril de 1971. En *Es Cristo que pasa*.

³⁴ Es la prueba de María, de su obediencia en la fe en diversos momentos, pues no podía sufrir tentaciones derivadas del desorden procedente del pecado original. San Juan Pablo II en la encíclica *Redemptoris Mater*, enumera su itinerario en la fe.

ficados suele Dios darles a gustar de estas cosas como para premiar su continuo trabajo»³⁵.

La mortificación consiste en negarse a sí mismo en un detalle, grande o pequeño, o en sufrir con alegría una contrariedad, por amor a Dios. Ese continuo vencimiento del alma tiene como único fin agradar a Dios y manifestarle así su amor puro y desinteresado. No se trata de arrancar físicamente el ojo si puede ser ocasión de pecado, sino de tenerlo como muerto en ciertas ocasiones para seguir en forma espiritual.

Tampoco Dios nos pide el sufrimiento como una especie de estipendio que haya que pagarle. No. Se trata de demostrar con hechos que le queremos, mientras sujetamos los sentidos internos y externos para poder seguir a alto nivel la vida escondida en Cristo.

San Josemaría decía, como quien lo tiene bien experimentado: «Cuando te decidas a ser mortificado, mejorará tu vida interior y serás mucho más fecundo»³⁶. Y detallaba: «Penitencia es el cumplimiento exacto del horario que te has fijado, aunque el cuerpo se resista o la mente pretenda evadirse con ensueños quiméricos. Penitencia es levantarse a la hora. Y también, no dejar para más tarde, sin un motivo justificado, esa tarea que te resulta más difícil o costosa.

»La penitencia está en saber compaginar tus obligaciones con Dios, con los demás y contigo mismo, exigiéndote de modo que logres encontrar el tiempo que cada cosa necesita. Eres penitente cuando te sujetas amorosamente a tu plan de oración, a pesar de que estés rendido, desganado o frío.

»Penitencia es tratar siempre con la máxima caridad a los otros, empezando por los tuyos. Es atender con la mayor delicadeza a los que sufren, a los enfermos, a los que padecen. Es contestar con paciencia a los cargantes e inoportunos. Es interrumpir o modificar nuestros programas, cuando las circunstancias —los intereses buenos y justos de los demás, sobre todo— así lo requieran.

»La penitencia consiste en soportar con buen humor las mil pequeñas contrariedades de la jornada; en no abandonar la ocupación, aunque de momento se te haya pasado la ilusión con que la comenzaste; en comer con agradecimiento lo que nos sirven, sin importunar con caprichos (...).

»Con ese deseo continuo de agradar a Dios en las pequeñas batallas personales — como sonreír cuando no se tienen ganas (...)—, es difícil dar pábulo al orgullo, a la ridícula ingenuidad de considerarnos héroes notables: nos veremos como un niño que apenas alcanza a ofrecer a su padre naderías, pero que son recibidas con

³⁵ Francisca Javiera del Valle, *Decenario al Espíritu Santo*, día 5º.

³⁶ San Josemaría, *Surco*, 984.

inmenso gozo. Luego, ¿un cristiano ha de ser siempre mortificado? Sí, pero por amor»³⁷.

A Dios no le falta nada y, sin embargo, nos pide lo que sólo nosotros le podemos dar: nuestro cariño. Con el único fin de que nos unamos más a Él y seamos más felices.

Reflexión

- ¿Me quejo ante las contrariedades de la jornada? ¿Sé que la queja es manifestación del “hombre viejo”? ¿He detallado para estos días algunos puntos que me cuesten para ofrecérselos a Dios?

- ¿Me doy cuenta de que cada vencimiento por amor a Dios es una oportunidad de ser su consuelo ante tantos pecados que se cometen?

- ¿Sé que si no cuesta en algún momento la pobreza, la castidad o la obediencia, puede significar que no las vivo delicadamente?

Secuencia de Pentecostés

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido:
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,

³⁷ San Josemaría, Homilía *Tras los pasos del Señor*, 3-IV-1955. En *Amigos de Dios*, nn. 138-139.

doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno. Amén.

LA CONTEMPLACIÓN

Oración inicial

¡Ven, Espíritu Santo!,
 llena los corazones de tus fieles
 y enciende en ellos el fuego de tu amor.
 - Envía tu Espíritu y serán creados.
 - Y renovarás la faz de la tierra.

Oración. Oh Dios, que has instruido los corazones de tus fieles con la luz del Espíritu Santo, concédenos según el mismo Espíritu conocer las cosas rectas y gozar siempre de sus divinos consuelos. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Consideración para el día octavo

Consideramos la majestad, la gloria y la santidad de tres Personas reales, con quienes entramos en relación; a semejanza de sus tres relaciones entre ellas: paternidad porque hay Hijo, filiación porque hay Padre y espiración –como al espirar el aire– porque es algo distinto a ellos el Amor que se tienen.

Gracias a la redención obrada por el Hijo, somos llevados por el Espíritu de amor, introducidos en el amor del Hijo al Padre, como hermanos suyos, y podemos decir por el Espíritu Santo: Padre.

Somos hijos del Padre, en el Hijo, por el Espíritu Santo. La gran diferencia de la religión cristiana es que Jesucristo nos ha dado a conocer quien es Dios y nos da a participar de su Vida. Dios ya no es una idea fría, lejanísima, conclusión de un razonamiento filosófico o una intuición religiosa, sino un Quien, que me conoce, que me ama y que se ha manifestado. Pero al que he de creer por la fe (humildad de la razón) y aceptar por la obediencia (humildad de la voluntad). Entonces, aunque no sienta nada, soy introducido en el conocimiento de Dios y en todo lo que nos ha revelado.

La humildad lleva a los cristianos a reconocernos criaturas con defectos, con errores, que a veces nos portamos mal. Y, a la vez, a reconocer nuestra filiación divina, nuestra participación en la vida de Dios. Nuestra pequeñez y nuestra grandeza. *¡Señor, Dios nuestro! (...) ¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él? (...). Lo hiciste poco inferior a un ser divino, lo coronaste de gloria y dignidad (Sal 8, 2-6).*

El hombre que está sin pecado mortal, por la gracia santificante está metido en Dios; su naturaleza humana participa de la naturaleza divina; es la unión con Dios. Lo único que le separa de Dios es su limitación de criatura; o por mejor decir con san Juan de la Cruz, la capacidad del vaso que es llenado de Dios.

Cuando esto se sabe y de esto se vive, a lo que aspira el alma entonces es a marcharse al Cielo, a romper la tela del feliz encuentro, para ver a Dios cara a cara.

Tras la muerte seguirá siendo criatura limitada y llena de Dios, según la capacidad del vaso tal como quedó fijado al morir; pero en otra medida no humana.

Será la plenitud de cada cual, relativa a su fidelidad a las mociones divinas. Aunque su justicia y su misericordia no son exigibles por el ser humano, sin embargo, lo referente a nuestra salvación lo hace depender de nuestras respuestas.

Contemplar a Dios en esta vida es llegar a ver sin ver, asomarse al misterio de Dios y dejarse impregnar, poseer, como nos posee el encantamiento del otoño. Como nos posee un icono de Jesús, mirándolo con los ojos del Espíritu, que nos hace ver en la luz sin tiempo –en el oro–, todo en confianza. Y, sobre todo, el icono vivo: la Eucaristía.

El amor desea la presencia, busca la unión. Dos seres que se aman quisieran vivir juntos siempre. Ese “vivir juntos” el hombre y Dios es la contemplación. Dios *habita una luz inaccesible* (1Ti 6,16). Nosotros no podemos alcanzarle por medios humanos, sino avanzando a pasos espirituales, por actos sobrenaturales de fe, de confianza y de amor. La voluntad, por el amor, se une a Dios, que es Amor. Y cuanto más le ama, más se imprime en el afecto el Amado en el amante. Dios está en nosotros cada vez más intensamente.

Es el Espíritu divino quien nos une a Dios, quien nos convierte en hijos del Padre, contemplativos, y el que lo hace entender; en seres cuya mirada permanece inmutablemente fija en Dios por el amor. *Nosotros –los cristianos– reflejamos a cara descubierta, como en un espejo, la gloria del Señor, y somos transfigurados a su misma imagen con un esplendor cada vez más glorioso, por la acción del Espíritu del Señor* (2 Co 3,18).

Así subtítulo san Juan de la Cruz su libro *la Noche Oscura*: «Canciones del alma que se goza de haber llegado al alto estado de la perfección, que es la unión con Dios, por el camino de la negación espiritual». Son necesarias las terribles *noches* purificadoras que van sacando al alma de su ordinario y común sentir las cosas para llevarla a lo divino. En ellas se da muerte a todo lo humano para hacer sitio a Dios. La naturaleza como que desaparece ante la gracia, asumida por ella, purificada y divinizada. Y, porque *el que se une con Dios, se hace un espíritu con él* (1 Co 6,17), las operaciones del alma son del Espíritu Santo, son divinas³⁸.

Entonces, Dios, que inhabita en el alma en gracia, gobierna inmediatamente nuestra vida sobrenatural. Porque le dejamos hacer, ya no es nuestra razón sino el Espíritu de Dios quien actúa como motor, como regla y causa principal de nuestros actos virtuosos, poniendo en movimiento todo el organismo de nuestra vida sobrenatural, hasta llevarlo a su pleno desarrollo. Más que esforzarnos por hacer el bien, es dejarnos llevar por el viento del Espíritu que sopla sobre las siete velas del barco, velas que él mismo pone.

³⁸ Cfr. M.M. Philipon, *Los Dones del Espíritu Santo*.

En ese estado, la oración no utiliza ya vocablos, sino que mira amorosamente a Dios y se siente mirado por Él. Sobran las palabras porque lo que se sabe es inexplicable, y sólo mediante imágenes poéticas –poesía mística– se puede dar a entender algo de lo que allí sucede. La oración se simplifica. Sólo se sabe repetir, y poco más: Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria a Espíritu Santo, y en ello está todo dicho.

San Juan de la Cruz en el *Cántico espiritual* describe poéticamente la unión del alma con Dios, transformada en Él. En el grado supremo, en la última y más interior bodega del Amado se llega al matrimonio espiritual, a la perfecta unión. «Dios y el alma están ambos en uno, como si dijéramos ahora: la vidriera con el rayo del sol, o el carbón en el fuego, o la luz de las estrellas con la del sol; no, empero, tan esencial y acabadamente como en la otra vida»³⁹. Con una y la misma voluntad.

Pero es con la imagen de la *Llama de amor viva* donde la mística sanjuanista alcanza la cumbre poética, y lo más sublime de la acción santificadora que el Espíritu Santo lleva a cabo en las almas⁴⁰.

Entonces se ve todo desde la perspectiva de Dios, con los Dones del Espíritu Santo. Por el don de Sabiduría, inseparable de la caridad, el alma juzga rectamente de Dios y de las cosas divinas. Es como un instinto especial del Espíritu Santo que le hace saborear por cierta connaturalidad y simpatía. Así ve todo como desde la eternidad, como el águila desde lo alto, y entiende todo a lo divino.

Por el don de Entendimiento la inteligencia, bajo la acción iluminadora del Paráclito, comprende y profundiza en el pensamiento de Dios; es decir, en las verdades reveladas en la Biblia y enseñadas por la Iglesia.

Por el don de Ciencia la inteligencia del hombre, bajo la acción iluminadora del Espíritu Santo, juzga rectamente de las cosas creadas en orden al fin último sobrenatural. Así, el cántico de las criaturas de san Francisco de Asís, o el canto de los tres jóvenes en el horno (Dn 3, 51-90). Se entiende, por ejemplo, la necesidad de la sobriedad y de la templanza.

Por el don de Consejo, el alma intuye rectamente lo que conviene hacer en cada caso, en orden al fin último sobrenatural, respecto a ella misma y a los demás.

El don de Piedad excita en la voluntad un afecto filial hacia Dios, su Padre, y un sentimiento de cariño para con todos, porque son hijos del mismo Padre celestial.

El don de Fortaleza robustece el alma para practicar toda clase de virtudes heroicamente, con la confianza de superar las dificultades que puedan surgir.

Por el don de Temor de Dios, el alma, consciente del pecado y del castigo divino, y envuelta en la fe en la misericordia divina, tiene el deseo de acercarse a Dios, de

³⁹ *Cántico espiritual*, Canción 26.

⁴⁰ El poema encabeza el libro que así se titula, donde va comentando cada verso.

no ofenderle, reconociendo humildemente la propia debilidad. Y, sobre todo, tiene la firme voluntad de permanecer y crecer en el amor de Dios.

Reflexión

- ¿Me detengo en la oración a contemplar una palabra o un icono? ¿Me dicen mucho algunas frases de los evangelios?
- ¿Me he rendido a Dios, o sigo luchando con Él como el aire con la llama?
- ¿Arde en mi oración aquel fuego que Cristo vino a traer a la tierra? ¿Hablo de Dios a los demás? ¿Confío en que el Espíritu Santo remueve los corazones, como sucedió en Pentecostés?

Poema de san Juan de la Cruz

¡Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
acaba ya, si quieres;
¡rompe la tela de este dulce encuentro!

¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,
que a vida eterna sabe,
y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.

¡Oh lámparas de fuego,
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido,
que estaba oscuro y ciego,
con extraños primores
calor y luz dan junto a su Querido!

¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno,
donde secretamente solo moras
y en tu aspirar sabroso,
de bien y gloria lleno,
cuán delicadamente me enamoras!

LA ALEGRÍA Y LA PAZ

Oración inicial

¡Ven, Espíritu Santo!,
 llena los corazones de tus fieles
 y enciende en ellos el fuego de tu amor.
 - Envía tu Espíritu y serán creados.
 - Y renovarás la faz de la tierra.

Oración. Oh Dios, que has instruido los corazones de tus fieles con la luz del Espíritu Santo, concédenos según el mismo Espíritu conocer las cosas rectas y gozar siempre de sus divinos consuelos. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Consideración para el día noveno

Como consecuencia de vivir según el plan de Dios, llegan al alma los frutos del Espíritu Santo. Que son modos de sentir y de entender las cosas. No son virtudes sino afectos positivos que colorean el alma. Y son: amor, gozo, paz, paciencia, mansedumbre, bondad, benignidad, longanimidad, fe, modestia, templanza y castidad⁴¹. Los moralistas denominaban a los afectos y sentimientos *pasiones*, porque se sienten, se padecen involuntariamente. No se deben al esfuerzo humano –no son virtudes–, sino consecuencias de poseer el bien, de responder a Dios que sí⁴².

El primero de los frutos del Espíritu Santo es el amor. No como virtud teologal ni como acción de amar, sino como resonancia que deja en el afecto el bien conocido⁴³. Ante él surge siempre un primer amor en el corazón, y luego la voluntad, según lo vea conveniente, lo ama o lo desecha. Es el enamoramiento. Y cada vez que se conoce y se ama más ese objeto –a esa persona–, más se va imprimiendo el amado en el amante. Por eso cabe crecimiento en el amor. Es sentir el amor del Padre, su Presencia cercanísima, que colma y arrebató el corazón.

El gozo es el sentimiento agradable de poseer el bien. En este caso a Dios. La alegría que Dios da, consecuencia de ser poseídos por el Espíritu Santo, es la alegría del converso, de quien cambia radicalmente su mente porque ha encontrado a Dios como sentido de su vida. Es la alegría de María Magdalena el día de Pascua, es la alegría de Pentecostés.

Dichoso el corazón enamorado

⁴¹ Durante siglos se ha considerado en la versión Vulgata de la Biblia estos dones como si fueran palabras de san Pablo, recogidas en Gálatas 5, 25-26. En la versión actual, la Neovulgata, se han omitido porque no figuran en los códices más antiguos, y parece que se trata más bien de un comentario añadido por alguien piadoso y docto.

⁴² En ocasiones son el fruto del ejercicio de las virtudes, pero se distinguen de ellas. La castidad, por ejemplo, es un don de Dios, aunque suponga esfuerzo ser casto.

⁴³ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1765. Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Suma de Teología*, I, 37, 1; I-II, 26, 2.

que en sólo Dios ha puesto el pensamiento:
 por él renuncia todo lo creado
 y en él halla su gloria y su contento;
 aún de sí mismo vive descuidado,
 porque en Dios está todo su intento,
 y así alegre pasa y muy gozoso
 las ondas de este mar impetuoso⁴⁴.

«Nuestra alegría tiene contenido, no es vana. Asume todas las manifestaciones de los gozos humanos nobles y los multiplica, dándoles el sólido fundamento de la filiación divina. Nosotros sabemos por qué estamos contentos: porque somos hijos de Dios Omnipotente que nos ama como un Padre, y porque somos hermanos de todos los hombres»⁴⁵.

La paz, en frase de san Agustín, es la tranquilidad en el orden, que aleja todo temor, turbación o agobio. El gozo y la paz no los podemos conseguir a través de las criaturas ya que, por sí mismas, son limitadas y no pueden satisfacer nuestro deseo del bien infinito, que es Dios.

Hemos nacido para disfrutar, aquí en la tierra como en el Cielo. Este mundo no debe ser un valle de lágrimas de dolor y tristeza. Al menos en lo que depende de uno, en el ambiente que él crea a su alrededor. Hemos nacido del Amor y para el Amor. Del amor venimos y al amor volvemos, y sólo cuando amamos lo sabemos.

Hay que reconocer que el enemigo del alma es endiabladamente malo; da mal en el corazón y crea un ambiente turbio. Una estratagema es hacer ver lo negativo en nosotros y a nuestro alrededor –¡qué mal están las cosas!– para paralizarnos en un lamento estéril; en cambio, el Espíritu Santo desea que nos fijemos en lo positivo, en su acción en las almas y en la historia. Que recemos. Y que no tiene sentido amargarnos la existencia por sucesos que nosotros no podemos controlar. Además, hay mucho bien en nosotros y muchas personas buenas en el mundo.

La paz y la alegría profunda en el alma son como la alfombra que Dios nos tiende para hacernos más amable el camino. A la vez, son como la tarjeta de presentación de los hijos de Dios. El pecado trae consigo la tristeza, la desunión. Los tristes, los amargados, lo pasan mal y lo hacen pasar mal a los demás. Humanamente compensa ser buenos. Lo más profundamente humano es estar con Dios. La plenitud de la persona humana está en poseer, de modo participado, la naturaleza divina, por la gracia.

⁴⁴ Santa Teresa de Jesús.

⁴⁵ Beato Álvaro del Portillo, Homilía, *La alegría cristiana*. 12 de abril de 1984. Actos de la primera Jornada Mundial de la Juventud, en Roma.

Entonces el motivo de la vida cambia. Cambia cada mañana al despertar, y cada noche. Ante cualquier suceso, nada le turba, nada le espanta; el que a Dios tiene nada le falta. Sólo Dios basta⁴⁶.

Podemos disfrutar con Dios y con sus criaturas en esta vida, procurando hacer sólo lo que a Él le gusta, que siempre es nuestro bien. Amándole con todo el corazón, con toda la mente, con todas las fuerzas. Sin preocuparnos, sin agobiarnos. Porque los muertos ya no sufren, no se quejan.

Quienes han muerto a lo mundano y han centrado todo su pensamiento y su querer en Dios, ni las alabanzas ni los reproches, ni lo pasado ni lo futuro; nada puede afectarles de tal forma que les quite la alegría y la paz. Sólo Dios basta, y con Él todo cobra sentido: lo creado, las amistades, los objetos, las aficiones. Como quien no tiene nada y lo posee todo, como quien está de paso y es del lugar. Quien sólo mira cumplir la voluntad de Dios, y todo lo demás se le da por añadidura (Mt 6,36).

Precisamente por estos efectos colegimos, en general, si una inspiración viene de Dios o del diablo: lo que quita la paz no viene de Dios.

Saber si una inspiración viene de Dios o del diablo es complejo, como complejo es el hombre donde confluyen espíritu y cuerpo, manera de ser y estados de ánimo, catequesis o deformación doctrinal, buenos o malos ejemplos, vicios y virtudes, el Espíritu de Dios y el espíritu Maligno.

Obedecer a Dios causa una alegría y una paz que el mundo no puede dar. El Espíritu Santo deja paz, el demonio produce inevitablemente inquietud. La alegría de Dios es duradera, la que produce el seguir las sugerencias del diablo es muy breve, como en el caso de Adán y Eva; pronto se descubre y lamenta el engaño, la decisión equivocada.

La paz de Dios es reconocible, aunque en el plano psicológico bullan preguntas e inquietudes. Es una paz allá al fondo del corazón. En cambio, «las inspiraciones del diablo dan paz sólo aparente, y bastará muy poco para que desaparezca dando paso a la confusión. Podemos negar esta confusión, podemos reprimirla en el fondo de la conciencia, pero está ahí, dispuesta a resurgir cuando llegue la hora de la verdad»⁴⁷.

Podemos decir que las inspiraciones divinas se reconocen por estos efectos: infunden paz, no son variables, e imprimen en nosotros sentimientos de humildad. Llevar a cabo el bien que Dios nos sugiere, aunque contraríe nuestro gusto o nuestras inclinaciones, acaba por procurar un auténtico placer. Porque la docilidad al Espíritu Santo libera y ensancha el corazón.

⁴⁶ Santa Teresa de Jesús.

⁴⁷ Jacques Philippe, *En la escuela del Espíritu Santo*. Y añade: «Una de las frecuentes estrategias que pone en práctica para impedirnos llevar a cabo un propósito bueno consiste en hacernos seducir por otro que consideramos mejor, con objeto de que nos apartemos del primero».

Reflexión

- ¿Me doy cuenta de que, junto a las ilusiones y planes nobles, he de tener siempre “la ilusión” de agradar a Dios? ¿Son los bienes que poseo, o que no poseo, o las ocupaciones del día todo mi afán?
- ¿Recuerdo que Jesús dijo a sus amigos: *Venid a mí los que estéis cargados y agobiados, y yo os aliviaré?*
- ¿Descubro el ardid del diablo cuando, al pasar los años, me sugiere cambiar de vocación, como si lo mejor fuera siempre lo que no tenemos?

Oración del Padre José Kentenich

Espíritu Santo, Alma de mi alma.
 Te adoro humildemente.
 Ilumíname, fortifícame,
 guíame, consuélame.

Y en cuanto corresponde al plan
 del eterno Padre Dios
 revélame tus deseos.

Dame a conocer
 lo que el Amor eterno desea en mí.
 Dame a conocer lo que debo realizar.
 Dame a conocer lo que debo sufrir.

Dame a conocer lo que, silencioso,
 con modestia y en oración,
 debo aceptar, cargar y soportar.

Sí, Espíritu Santo,
 dame a conocer tu voluntad
 y la voluntad del Padre.

Pues toda mi vida
 no quiere ser otra cosa
 que un continuado perpetuo Sí
 a los deseos y al querer
 del eterno Padre Dios.

LA PRESENCIA DE DIOS

Oración inicial

¡Ven, Espíritu Santo!,
 llena los corazones de tus fieles
 y enciende en ellos el fuego de tu amor.
 - Envía tu Espíritu y serán creados.
 - Y renovarás la faz de la tierra.

Oración. Oh Dios, que has instruido los corazones de tus fieles con la luz del Espíritu Santo, concédenos según el mismo Espíritu conocer las cosas rectas y gozar siempre de sus divinos consuelos. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Consideración para el día décimo

Y llegó Pentecostés. La bella criatura durmiente desde el sueño de Adán, mordido por la serpiente, recibe en Pentecostés el beso del amor primero. Y despierta nueva, reluciente. Claridad de luz donde se ve el misterio. Sólo en amor se descubre al Amor y quién es el hombre, su descendiente. Pentecostés, cálido aliento de vida naciente.

En el cenáculo, un viento de mil voces despertó sus caras del letargo y comprendieron: toda la Escritura de un golpe, quien era Jesús, el porqué de sus acciones; ¡la cruz!, los misterios del Rosario,... Todo lo iluminó de pronto este divino Intérprete. Y Dios se hizo Presencia, en cada uno de ellos. Ahora es Dios en mí, para mí, mi referencia.

La Presencia de Dios abarca la tierra. Todo está patente a su mirada. Y la presencia que tenemos nosotros de Dios es caer en la cuenta, cruzar la mirada de nuestro pensamiento con la suya. Es respirar a Dios las veinticuatro horas, incluso cuando el cuerpo se ha dormido. Aunque entonces se pongan en el sueño los cinco sentidos, siempre hemos de dejar en alto la intención, la referencia; como el perro hacia su amo, como el tren que a la corriente eléctrica va unido. Porque en Dios nos sabemos vivos.

Gracias a meterse en Dios en ratos largos de oración, el hombre vive con Él durante el día, y se sabe mirado por su Espíritu, que le vela durante la noche. Entonces las normas de piedad a lo largo de la jornada son como las torres del tendido eléctrico, que alzan el cable de la presencia continua de Dios, e impiden que se disipe el hombre con las cosas de la tierra.

Sigue el juego de miradas, de recuerdos y de avisos. Las cosas buenas son regalos y los pecados dolores; el trabajo y el descanso, los demás y hasta el sufrimiento son ocasiones de encuentro. Es saber a Dios cercano, y con Él el Paraíso.

Con el don de Inteligencia descubrimos en la Biblia, y a largo de los días, el reino de los cielos en la tierra, el reino de la poesía de Dios. Tantas bellas imágenes que

son llamadas, preguntas, sugerencias que nos dicen verdades escondidas, amores secretos. Pero hace falta créerselo para entrar en el mundo asombroso de la fe. Hacerse como niños. *Todo es limpio para los limpios* (Tt 1,15). Todo nos habla de Dios y a Él nos lleva. Nos traen noticias suyas flores y arreboles, el candor de la nieve, la nostalgia de la lluvia. Dios está enredado en los recuerdos. El vértice del juego de las escondidas presencias es la Eucaristía.

Jesucristo sigue siendo un misterio, una verdad que nos supera. Hay que descubrirle. Hablaba con Dios de tú a tú. Sus palabras dejaban paz en el corazón y animaban a ser mejores. Todos querían escucharle, y le invitaban a sus casas. Y a la vez dijo e hizo cosas sorprendentes, como fue morir en una cruz. La gente buena se preguntaba: ¿quién es éste? Pero algunos no decían eso, sino ¿quién se ha creído que es? Lo que había que hacer era creerle y seguirle. Como hay que creer y obedecer a Dios.

Cuando muramos será la gran sorpresa, la bienaventuranza por haber creído: y *al despertar me saciaré con tu semblante* (Sal 16,15). Ver, por fin, como el ciego Bartimeo, el rostro de Jesús, el de su Padre y el de su Espíritu. Ese día será Epifanía, la manifestación de la Trinidad como regalo de cumpleaños. Ella será la sorpresa en el *dies natalis*, nacimiento para la vida eterna. En la alegría de Dios.

Ese día descubriremos que todo era verdad. Que cuando mirábamos a una imagen de la Virgen, ella, tras la cortina del lienzo, recogía la mirada. Que cuando en Navidad dábamos un beso al Niño, besábamos una madera, pero quien recibía el beso era Jesús. Que nos acompañaba el ángel. Que al confesarnos pecadores, había lágrimas en el Cielo porque se había roto un pecado.

Deberíamos sentarnos en la grada junto a Dios, y desde allí ver todo. Ver las criaturas, la historia; ver a cada uno con los ojos de Dios, a nosotros mismos... ¡tan pobres a veces, preocupados por noticias que, como nubes oscuras, pasan y no vuelven! Entenderíamos en la oración, con el don de Ciencia, lo que pasa, lo que nos pasa. Que, para los que aman a Dios, todo es para bien. Y cada día habría sorpresas, regalos, porque todo es don. Es el juego. Entonces, quien ha dejado todo – hasta humillar la razón– ya no pide, es todo gratuito, desinteresado. El humilde se conforma con lo que tiene, con el Altísimo.

Vale la pena vivir, vivir con Dios a lo largo de la jornada. Con quien mejor nos conoce y más nos quiere. Y tiene sus planes de luces y de sombras, de júbilo y de prueba, de evidencia y de misterio. No le podemos ver porque, en decir de san Juan de la Cruz, *es de noche*. Pero de noche es el amor. De noche sacó Dios a su pueblo de la esclavitud de Egipto, de noche fue el amor en Belén, en el cenáculo y en la cruz. Y la resurrección. De noche es el amor cuando obedecemos, y cuando no somos niños olvidadizos de rezar a quien nos ama, en ese tiempo de silencio.

Dar muerte al egoísmo es condición. Y a veces habremos de pasar ratos aburridos en la oración, porque el oasis está allí, pero hay que recorrer el desierto, fiados en su palabra, para tomar el agua. A pesar de todo, al final vale la pena. Dios siempre

tiene razón. Hemos de disfrutar mucho en esta vida, metidos en Dios. Bucear en Él, porque por la gracia en Él vivimos, nos movemos y existimos (Hch 17,28).

Gustad y ved qué bueno es el Señor, dichoso el que se acoge a él (Sal 33,9). Sí; como fruta en sazón, como el amacer azul después de la tormenta, como conversación amigable. Hay que gustar su presencia a lo largo de los días, en esta antesala del Cielo que es la tierra. Hemos de aprovechar el “ahora”, la vida que nos parece tan larga. Ahora es la oportunidad de dejarle a Dios que juegue con nosotros, de disfrutar. Finalmente, en Él nos dormimos, en Él termina el juego en esta tierra.

* * *

O puede acabar de la otra manera: quienes al morir no tienen fija la mirada de su alma en el Señor, no le verán ya nunca. Este estar mirando es estar el alma en gracia, en unión existencial; no un simple recuerdo de temor. El infierno es la soledad absoluta, sin nadie, sin Dios. “Que Él se meta en sus cosas, y yo en mi yo”. Como una caracola que se enrosca y se aprieta en una profunda depresión, al comprobar lo que ha escogido.

Quienes no han querido jugar con Dios, son nombres que, desde que mueren, para Él no han existido nunca. *No os conozco* (Mt 25,12), dice, con la imagen de las vírgenes necias, a quienes no entran en el Cielo. Palabras tremendas, Palabra de Dios, a unas criaturas en quienes puso tanta expectativa de hacerlas felices. En el Apocalipsis se habla del Libro de la Vida que contiene los nombres de los libros – las vidas– de los que se salvan. Aquellos cuyos nombres no aparecen en este libro, son arrojados como piedras pesadas en el mar de azufre. Y nunca más se vuelve a saber de ellos (Ap 20,15).

El infierno se incoa ya en esta tierra⁴⁸. Sin presencia de Dios, apartándole de las leyes y de las costumbres; como si no existiera. Y no se habla del infierno porque es políticamente incorrecto hablar de temas de conciencia. Pero es necesario, porque es la otra posibilidad. Fue uno de los temas de los que más habló Jesucristo. Pero Jesús no lo hizo amenazando a nadie. Fue a sus amigos, en confidencia, a quienes les advirtió: *A vosotros, mis amigos, os digo: no temáis a los que matan el cuerpo y después de esto no pueden hacer más. Yo os mostraré a quién habéis de temer: temed al que después de haber dado la muerte, tiene poder para echar en la gehena. Sí, yo os digo que temáis a ése* (Lc 12, 4-5)⁴⁹.

La pregunta no es por qué Dios permite que alguien se vaya por su peso al infierno; sino por qué una persona vive en pecado, al margen de su Señor y de su

⁴⁸ La soledad del agnóstico es amarga. En las declaraciones de estos políticos, artistas y escritores manifiestan que su alma es una queja. Una queja ante lo único que creen, lo que razón a sus vidas: una humanidad feliz. Porque en el mundo constatan injusticias y sufrimientos; y sólo les queda el pesimismo y vivir para sí. Con un poco de solidaridad, en algunos casos –como en la masonería–, para sentirse bien.

⁴⁹ La *Gehena* era el basurero de Jerusalén, donde se quemaba la inmundicia. Fuera de la muralla, al norte. Era terrible tener que ir allí, por su vista y pestilente olor.

Todo, y, coherentemente, admite morir sin Él. Esa repugnancia ante la condena eterna deberíamos tenerla ante el que vive en pecado.

Ya lo hemos dicho, el príncipe de la mentira, Satanás, trata de engañarnos en un punto fundamental sobre nosotros mismos: que se puede pecar mortalmente y no pasa nada. Como pensaron los príncipes de Israel cuando uno dio una bofetada a Jesús: a ese “Hijo de Dios” se le podía pegar y no descendía fuego del cielo que los aniquilara. El desafecto a Dios al pecar, y en ocasiones verdaderamente diabólico al justificarlo, a mucha gente no le importa. Se hacen la ilusión de que no hay nada que temer.

En el Salmo primero y en los libros sapienciales de la Biblia se habla del hombre sabio, que tiene el santo temor de Dios y sigue sus consejos, y su camino acaba bien; y se habla de los insensatos, de los necios, de esos “listos” que consiguen sus intereses –poder, placer, dinero, salirse con la suya– con malas artes. Dice este Salmo que el necio incluso acude a la reunión de los cínicos, a tertulias donde se reafirma en su malicia con el parecer de sus iguales. Pero su camino acaba mal.

¡Qué necesario es evangelizar, mostrar la realidad de la vida y de la muerte sobrenaturales, con la lámpara de la verdad (cfr. Mt 5,16); mostrar la Ley del Señor! Y su consecuencia, para que nadie se engañe. Hemos de invitar a los demás a conocer a Jesús y a reconciliarse con Dios en el sacramento de la Confesión de los pecados, del dolor de amor. No nos equivoquemos, las cosas son como las piensa y dice Dios, no como preferimos los hombres que sean. Después de la muerte existe la vida o la muerte eterna. Con Dios o sin Dios. Y, normalmente, tal como se vive se muere.

El Espíritu Santo implora siempre en el corazón a volver al amor de Dios. Pero a la hora de la muerte no obliga a salvarse; tiene como lema “Viva la libertad del hombre”, porque sin libertad no se puede amar. La libertad humana, don de Dios, se puede emplear para la propia ruina.

A Dios le “compensa” que muchos se condenen, con tal de que uno le reconozca como Señor, admita la redención y le ame como hijo. Alguno que quiera entrar en el juego de la ascética, cumplir sus sugerencias de amor. ¿Son muchos los que se salvan?, le preguntaron a Jesús, y contestó: *Esforzaos por entrar por la puerta angosta, porque ancha es la puerta y espaciosa la senda que conduce a la perdición, y son muchos los que entran por ella* (Mt 7,13).

Terminamos el Decenario con este propósito. Dejar que el Espíritu Santo, que habita en nosotros, nos guíe por el camino de la Sabiduría, de la Moral, para cumplir la voluntad del Padre. Caminar junto a María por el camino ascético de Jesús, como respuesta afirmativa al amor de Cristo en la cruz.

Reflexión

- ¿Es Dios mi referencia cuando tengo una alegría o un pesar? ¿Me esfuerzo para que sea así?

- ¿Descubro a Dios en el quehacer diario o sólo cuando siento una necesidad? ¿Qué puedo dar a Dios que “le haga más feliz”? ¿Estoy esperando a que cambien las circunstancias para darme más a Dios?
- ¿Me ha llamado la atención en estos días algo que me pueda servir de presencia de Dios en el futuro?

Oración

Alfarero del universo, divinas manos que modelaron la Tierra, redonda, viva. Ella se dejó hacer, produjo frutos y gira, obediente, en la órbita del sol.

Alfarero del hombre, que modelaste su cuerpo del barro, y soplaste en él la vida para que dominara la tierra, obedeciéndote. ¡Qué pena que no quisiera y se marchara en busca de otra órbita, de otro amor! Roto el jarro, se derramó la gracia; ¡pobre Dios! perdió su amistad y el hombre se perdió.

Alfarero de Pentecostés, de una sola hornada remodelaste aquellos vasos y los llenaste de Ti mismo con tu soplo nuevo; beso, fuerza de Dios.

Alfarero del alma, sigues moviendo la rueda. Día tras día en el trabajo me esperas para limar aristas, dando la forma que Tú deseas: santa obediencia. Trabajador infatigable, inasequible al desaliento, Aliento mismo, fuerza eterna, delicada mano, como susurro aprietas.

Me dejaré modelar, dócil como la tierra. Y con tu ánimo seguiré la carrera, vuelta tras vuelta, hasta que se rompa la cuerda... de mi vida, y dejemos, Tú y yo, el trabajo porque la obra esté hecha. Amén.